Anónima by Wendy Mora

119 pag.



ANÓNIMA

ÉL MANDÓ UN MENSAJE EQUIVOCADO;
ELLA DESCUBRIRÁ QUE EL AMOR LLEGA
CUANDO MENOS LO ESPERAS

Planeta

Índice



A veces, lo que buscas es lo que está más cerca de ti.



CAPÍTULO 1

ELLA

No sé ni qué hora era cuando sucedió. Estaba tan desorientada que cuando escuché la alerta pensé que era la alarma del despertador. A tientas busqué mi celular sobre la mesita de noche, tratando al mismo tiempo de dar con el botón de *snooze* para comprarme al menos cinco minutos más de sueño. En su lugar encontré el mensaje. El brillo de la pantalla me cegó por unos segundos. Fue hasta que pude enfocar cuando lo leí.

> **DESCONOCIDO:** ¡Hola! Me dio mucho gusto conocerte. Te marco en la semana para ver si armamos algo. 🙌 **2:00**

Cuando me di cuenta de la hora, me dieron ganas de irme por la pantalla a pegarle un puntapié al maldito desobligado que andaba mandando mensajes a las dos de la mañana. Coloqué el teléfono de nuevo en su lugar y me cubrí con la sábana para tratar de dormir unos segundos más. Apenas se me estaba borrando la mancha de luz impresa en las pupilas cuando la mugre esa volvió a sonar.

> **DESCONOCIDO:** Podemos ir al cine o a cenar, lo que tú quieras. **2:01**

Rechiné los dientes. Si de por sí batallo para dormir. Normalmente doy vueltas en la cama durante cuarenta minutos antes de sentir que me pesan los párpados.

Y no paró allí.

DESCONOCIDO: 🎥 **2:02**

Suficiente.

¡Cabeza de huevo! Son las dos de la mañana y te equivocaste de número. Deja de joder. **2:02**

DESCONOCIDO: Ja, ja, muy graciosa. Soy yo, nos acabamos de ver en el Gray. Me diste tu número, ¿recuerdas? **2:02**

—¡Me estás jodiendo! —grité.

Me despedí de una vez por todas del sueño. Me senté en la cama y tomé el aparatejo, ahora sí con las dos manos.

¡Las drogas hacen daño! Debes tener la cabeza frita para no darte cuenta de que te dieron un número falso. Deja de molestar y vete a dormir, parece que te hace mucha falta. **2:03**

Tardé por lo menos una hora en volver a dormir.



Me cuesta mucho levantarme por las mañanas. Para mí es la tortura más cruel. Esta vez, por obvias razones, fue todavía peor. Siempre me queda la esperanza de recuperarme durante el primer periodo, en la clase de Español. El profe Novelo es tan distraído que puedes dormir los cincuenta minutos completitos sin que se dé cuenta. Pero esta vez mi siesta se vio frustrada por el mismo idiota de la noche anterior.

Vaya tino.

DESCONOCIDO: ¡No me drogo, idiota! **8:15**

Lo había dejado en vibrar. Con todo y eso, el aparato no me dejaba en paz. Usualmente no soy una persona agresiva, pero estos mensajes estaban sacando lo peor de mí.

DESCONOCIDO: ¡Vete al carajo! **8:15**

No estaba dispuesta a seguirle el juego, por eso traté de cortarlo de tajo.

¡Soy mujer, cabeza de huevo! Así que cuida cómo me hablas. 😠 Y me importa una mierda si te drogas o no. Deja de molestar. **8:16**

DESCONOCIDO: ¿Es en serio? ¿Cabeza de huevo? Me voy a traumar con ese insulto. 😆 **8:16**

¡Púdrete! Te estás tardando en borrar este número. **8:17**

Ahora que lo pienso, no sé por qué no se me ocurrió bloquear y borrar el número. Quizá porque en ese momento dejó de escribir. Más me hubiera valido hacerlo, pues me hizo pasar la peor de las vergüenzas.

¡Irene! Ven y tráeme una de tus toallas. Esto me agarró desprevenida y no sé qué hacer. Estoy en el baño al final del pasillo. ¡Apúrate! **11:00**

Me di cuenta de que me equivoqué de número medio segundo después de haber enviado el mensaje. No importa que sea un desconocido, exhibirte de esa manera te hace desear no haber nacido.

DESCONOCIDO: Por favor, dime que no estás hablando de lo que creo que estás hablando, mujer. ¡Qué ASCO! 🤮 **11:05**

¡CALLATE, idiota! Ya te dije que borres mi número. 😠 **11:05**

DESCONOCIDO: Pues ya lo había hecho. Ahora la que me escribió fuiste tú, para contarme tu tragedia. 😆 Me gustaría ayudarte, pero no puedo, estoy en clase. Que te sea leve. **11:06**

De haberlo tenido enfrente, lo habría golpeado con el teléfono en la nariz. A falta de eso, me limité a borrar su número de una vez por todas.

Pasó casi todo el día y creí que, ahora sí, me había librado de él. Pero el encanto me duró hasta las seis de la tarde en punto.

DESCONOCIDO: ¿Cómo sigues? **18:00**

¿Es neta? ¿Qué quieres? **18:00**

DESCONOCIDO: Saber cómo te fue. **18:00**

¿De qué hablas? **18:00**

DESCONOCIDO: Pues de qué va a ser, de tu accidente... ¿Qué no te estabas desangrando? **18:00**

Seguro has de ser estandopero. **18:01**

DESCONOCIDO: Ja, ja, ja. Pues a mí sí me da gracia. **18:01**

¿No quedamos en que te ibas a desaparecer? **18:01**

DESCONOCIDO: No tienes tanta suerte. **18:01**

LLAMADA PERDIDA A LAS 21:58

¿Qué te pasa? Estás loco si crees que te voy a contestar. **22:00**

DESCONOCIDO: ¿Es por la hora? No me digas que ya estabas dormida. **22:00**

Ni una ni otra. Simplemente no quiero hablar contigo. **22:01**

DESCONOCIDO: ¿Y por qué no? **22:01**

Porque no te conozco. Ni me interesa conocerte. Sólo quiero que me dejes en paz. **22:02**

DESCONOCIDO: Seguro tienes miedo de caer rendida al escuchar mi voz. No te culpo, no serías la primera. **22:02**

Seguro, igual de rendida que la chica que te dio un número falso en el antro, ¿verdad? A ella debo agradecerle esta desgracia. **22:02**

DESCONOCIDO: Tranquila, que vas a herir mis sentimientos. **22:03**

Eso es imposible, ya lo intenté de diferentes formas. **22:03**

DESCONOCIDO: 😆 Comienzo a pensar que tal vez no eres tan sangrona como creí. **22:04**

¿De qué carajos hablas? Yo no soy sangrona. **22:04**

DESCONOCIDO: Los gordos no se ven gordos cuando se miran al espejo. **22:06**

Ve y llámale gorda a tu abuela, cabrón. Borra mi número. Y no vuelvas a escribirme. **22:06**

DESCONOCIDO: Con ese carácter sí que me dan ganas, ¿eh? 🙈 **22:07**

¡Púdrete! **22:07**

DESCONOCIDO: Chao, bonita. **22:07**

¿Bonita?

¿Cómo le dices así a alguien que no conoces? ¿Cómo sabe que no tengo un bigote de Cantinflas y me crece una melena en las axilas? No sé si el comentario me causó gracia o qué, pero me quedó claro que ya había perdido suficiente tiempo con ese patán. Así que me dispuse a bloquearlo. Justo cuando abrí el menú de WhatsApp, escuché cómo giraba la perilla de mi habitación. Inmediatamente escondí el celular debajo de la almohada, metí la cabeza debajo de las sábanas y me hice la dormida. Y es que lo último que quería en esos momentos era un sermón de mi papá sobre mi hora de dormir. Por eso contuve el aliento, para no dejar ninguna duda de que me encontraba en el quinto sueño. Al final de cuentas no supe cuánto tiempo permaneció allí, pues terminé por quedarme dormida de verdad.

CAPÍTULO 2

ÉL

Mujeres. Cuando uno cree que dejó una buena impresión, te salen con la novedad de un número falso. Y no me dieron cualquier número, me dieron el del mismísimo demonio. Hablando de ese demonio, no puedo negar que me da mucha curiosidad saber quién está detrás de esos mensajes. No todos los días te topas con una chica con ese carácter tan fuerte. Ha de ser de esas guapas engreídas que piensan que todo el mundo está bajo sus pies. Lo malo es que no se ve la foto de perfil para comprobarlo, a menos que ella me agregue a sus contactos.

—¿Otra vez? —me dijo mi madre al escuchar que tocaron a la puerta. Cuando la abrió, descubrió a Daniel parado detrás—. Mañana es día de escuela, mijo. No deberías desgastarte tanto.

—No te preocupes, ma. Sólo voy a salir un par de horas.

—Le prometo que se lo cuido mucho, señora —agregó Daniel.

Mamá es una gran mujer. Necesita serlo para soportarme y mantenerme ella sola. Pero no me puedo quejar, nuestra relación es muy relajada. Nunca me exige nada, y batallo más en ponerme los zapatos que en convencerla de algo. Es un pan.

—Bueno, pero te quiero de regreso temprano.

—Así será, madre —le di un beso en la frente. Daniel, el ocurrente, hizo lo mismo.

Conozco a Daniel desde que éramos niños. Ha estado a mi lado en las buenas y en las malas, en la calma y en la tormenta. Y vaya que ha habido tormentas. Como aquella vez en la que nos peleamos contra los cinco del equipo contrario, mientras jugábamos futbol. Él se rifó contra tres y yo contra dos. Pudo haber sido al revés y el resultado no hubiera sido distinto.

Si mal no recuerdo, dos de ellos acabaron en el hospital; los dos que me tocaron a mí. Dicen que los amigos se cuentan con los dedos de una mano. En este caso, Daniel vale por los cinco.

Mi carácter explosivo se lo debo cien por ciento a mi papá. Él era igual o tal vez peor. Todo comenzó cuando tenía doce años, una vez que caminaba con él por el centro de la ciudad. Pasamos junto a una obra en construcción, justo a un lado de la jefatura de policía. Sin ningún motivo, papá se acercó a uno de los albañiles de la obra y negoció algo con él. Lo qué pasó después no lo voy a olvidar nunca: una decena de albañiles formó un círculo alrededor de mí y comenzaron a burlarse entre ellos. De pronto, uno de los trabajadores, el más bajo, pero aun así dos cabezas más alto que yo, entró en la arena humana y me dio un puñetazo. Miré a papá para tratar de entender lo que estaba sucediendo.

—¿Qué vas a hacer al respecto? —me dijo.

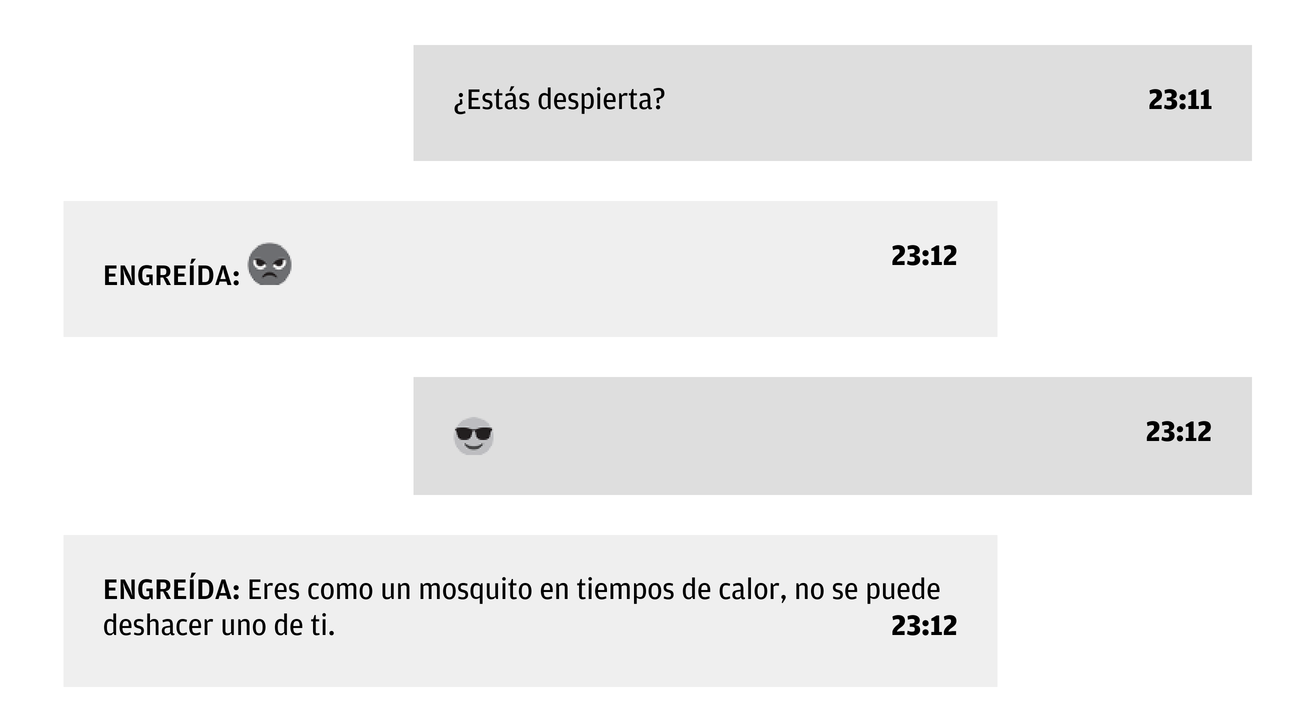
Sí, incluso a mi corta edad me di cuenta de que papá había contratado a ese albañil para convertirme en hombre.

No tengo que decir que aquel trabajador me dio una tremenda paliza; ni las manos pude meter. A la semana siguiente volvimos al mismo sitio de la construcción y el mismo albañil volvió a darme otra madriza. La dinámica se repitió durante varias semanas hasta que, un día, se invirtieron los papeles y fui yo el que le dio una golpiza al pobre hombre.

Papá se fue de la casa una semana antes de mi cumpleaños, cuando estaba por cumplir los catorce. Nunca supe por qué se fue. Lo que sí es que, aunque económicamente las cosas no han sido fáciles, mamá y yo vivimos en paz desde aquel día.

Daniel y yo llegamos al Grayskull, nuestro lugar favorito. Considerado por los fresitas como un lugar de mala muerte, para mí es la versión de todo lo que me platicaron de pequeño sobre el Cielo. ¿Acaso hay algo mejor que bandas en vivo tocando *covers* ochenteros?

Pero ni las mejores rolas suenan bien cuando traes a una chica en la cabeza. Qué loco, ni siquiera la conozco y ya me trae pensando en ella. No sé, tal vez fue su carácter aguerrido lo que me atrajo. Una chica que no se anda con rodeos y es lo suficientemente segura de sí misma como para mandarte al carajo con la mano en la cintura no es tan fácil de encontrar.



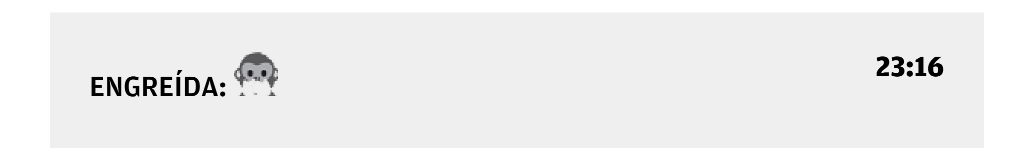
Mientras más difícil sea la conquista, más ganas tenemos de andar detrás. Así somos los hombres. La cosa sería mucho más sencilla si al primer rechazo se nos acabara automáticamente el encanto. A veces la emoción de la conquista no tiene nada de emocionante.

¿Por qué siempre estás de mal humor? **23:12**

Se tardó en contestar, a pesar de que las flechitas azules se activaron en el momento en que envié el mensaje. Eso quiere decir que la hice pensar. O tal vez no quiere decir nada y sólo se demoró porque está leyendo algún libro o viendo la tele. Esto de hablar detrás de un teclado puede llegar a ser muy complicado y deja mucho a la imaginación.

ENGREÍDA: No estoy de mal humor. **23:15**

Menos mal. Imagínate si sí... **23:15**



Por fin una buena señal.

Vamos, tú puedes. Mándame una sonrisita.
23:16

ENGREÍDA:
23:20

Ja, ja, ja, bueno, por algo se empieza. ¿Qué haces?
23:20

ENGREÍDA: Hablando con un necio que no me deja dormir. **23:21**

¿Dormir? ¿A las once de la noche? Cualquiera diría que tienes cinco años. Por cierto… ¿cuántos años tienes?
23:21

ENGREÍDA: Setenta, y vivo en un asilo de ancianos. Y no sólo mi dentadura es postiza.
23:22

Solté la carcajada.

Me disponía a contestarle cuando vi, desde el otro extremo del Grayskull, que Daniel discutía con un par de guarros. Sin pensarlo dos veces corrí para ponerme a su lado.

—¿Qué pasa? —dije. Tan pronto les eché el ojo supe que la cosa pintaba para ponerse interesante.

Ni medio segundo después llegó Thor, el jefe de seguridad, y nos pidió que aclaráramos las cosas como caballeros, en el callejón de atrás. En

realidad todo había sido una tontería. Daniel, en su ánimo de fiesta, golpeó por accidente el hombro de uno de esos tipos. Se disculpó, cosa rara en él, pues quería olvidarse de todo y seguir escuchando la música. Pero el idiota no quiso escuchar razones y se encendió más rápido que un cerillo. En fin, esa noche, al son de «Breaking the Law», de Judas Priest, se armaron los catorrazos. Y como siempre pasa, cuando tienes al tipo en el suelo y le estás dando una golpiza de aquellas, su amigo intenta agarrarte desprevenido. Esta vez me tocó interceptar al que intentó agarrar a Daniel por la espalda. Pobre tonto, sentí cómo se le quebró la mandíbula al roce de mis nudillos.

Al final, Daniel hizo lo suyo y dispuso fácilmente del monigote que inició la bronca. Y aunque estábamos a tiempo para escuchar el final del concierto, las reglas del lugar no nos permitieron volver, así que la noche acabó temprano. Cuando íbamos de regreso a mi casa, me di cuenta de que había perdido el celular en la pelea. Tardé dos días en reemplazarlo.



CAPÍTULO 3

ELLA

Los hombres son un misterio. Primero están detrás de ti, insiste e insiste para que les contestes el teléfono. Luego, cuando te decides a hacerlo, te ignoran y no vuelven a contestarte los mensajes.

La conversación de anoche, aunque corta, me hizo guardar su número. No me preocupé por mi foto de perfil porque, en su lugar, siempre tengo una florecita.

> Oye, eso de que tengo setenta años y vivo en un asilo es una broma, ¿eh? Y tampoco tengo nada postizo. **8:04**

> ¿Qué pasa, ahora te vas a hacer el mudo? **8:06**

No me contestó.

Mi día continuó como de costumbre. Pero para las diez de la mañana, hora del primer descanso en la escuela, me volvió a entrar la curiosidad de saber si al menos había leído mis mensajes. Las flechitas no estaban marcadas, pero eso no quiere decir nada, no cuando hay aparatos en los que puedes presionar ligeramente la pantalla y obtener una vista previa del mensaje recibido.

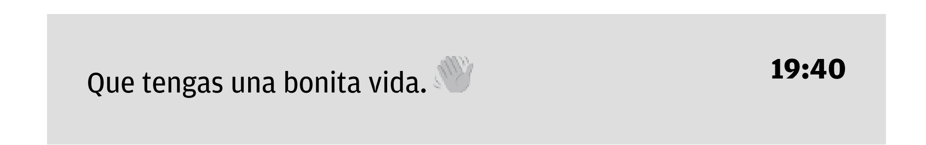
> Sí sabes que es de mala educación no contestar los mensajes, ¿verdad? **10:12**

Nada. Ni siquiera las dos flechitas.

El resto de las clases me la pasé revisando de reojo mi teléfono para ver si había alguna señal. Por un momento me entraron ganas de marcarle sólo para decirle de lo que se iba a morir.

> No sé para qué sigo perdiendo el tiempo. Ni siquiera te conozco. Si te contesté ayer, fue por educación, cosa que por lo visto a ti te hace falta. No me vuelvas a escribir. Y si lo haces, que te quede claro que no te voy a responder. **15:21**

Ni los libros ni la televisión fueron suficientes para quitármelo de la cabeza durante toda la tarde. ¿Por qué carajos dejó de contestarme? No sabe quién soy, no me ha visto nunca. ¿Qué hizo que de repente dejara de estar interesado?



Estuve a punto de mandarle un dedo pintado, pero decidí mejor dejarlo por la paz. Apenas acabé de mandar el mensaje cuando escuché que llamaron a mi puerta.

—Pasa.

Era papá, y tiene la costumbre de llegar directo del trabajo a saludarme y avisarme que la cena está lista. De chica me gustaba mucho que lo hiciera, pues podía quedarme horas escuchando cómo le fue en su día. A esta edad no puedo decir lo mismo. Lo amo, claro está, pero a veces habla tanto que puede llegar a ser algo tedioso.

—Ya está la cena, princesa.

Cuando vio que traía el teléfono en la mano, de inmediato me preguntó con quién hablaba. Y es que papá últimamente se ha convertido en el hombre más celoso del universo. No es broma, es como un sargento militar cuando se trata de chicos. En serio, sólo le faltan la gorra y la carabina. No se cansa de decirme lo mal que están las nuevas generaciones y lo importante que es que me mantenga alejada de toda esa degeneración. Sé que me adora,

y que por eso lo hace, pero un papá celoso e intenso puede ser una verdadera tortura.

—Con nadie, pa.

—Eso no te lo creo. Anda, dime la verdad.

—Con Irene.

Papá levantó la ceja.

—Es verdad —le dije—. Si no me crees, te enseño el chat. Pero te advierto que hablábamos de cosas de mujeres adolescentes.

Cuando le mostré la pantalla, papá se volteó inmediatamente.

—No gracias, no es necesario. Te creo.

Lo conozco tanto que sabía que esa sería su reacción.

—Anda, que mamá nos está esperando.

Le di un beso de camino a la cocina.

Después de la cena regresé a mi recámara, ahora sí a platicar con Irene. Ya me había dicho, pero me confirmó que al día siguiente era la fiesta de su prima. Yo le dije que todavía no sabía si quería ir, que tal vez prefería quedarme en casa. No es que no me guste salir, al contrario, lo hago cada que tengo una oportunidad. Pero la prima de Irene es la tipa más sangrona que cualquiera se pueda imaginar. Es tan pedante que no tiene amigas, y por eso tenemos que entrarle al quite. Pero Irene me insistió tanto que no me quedó de otra más que aceptar. Además, por ser una fiesta «familiar» no batallé mucho con papá para que me diera permiso.

El día de la fiesta me la pasé al lado de la mesa de las botanas, rellenando mi platito con papitas y cacahuates cada que se me acababan. En cambio, Irene conoció a un chico con el que se la pasó, según dice ella, fenomenal. Desde que la conozco siempre ha sido la suertuda de las dos. Si copiamos en el examen, a mí me sorprenden y me mandan a la dirección. Si compramos un boleto para una rifa, ella se gana el premio. Si vamos a la disco, a ella la sacan a bailar. Y no es porque sea más bonita que yo, o porque tenga mejor carácter.

CAPÍTULO 4

ÉL



El domingo me la pasé en pijama todo el día, así que fue hasta el lunes en la tarde que acudí al centro de telefonía para reemplazar mi celular. Hice una fila de dos horas para que al final me dijeran que la garantía no cubre el extravío y que, además, no tenía los puntos suficientes para darme otro teléfono gratis.

Qué tragedia.

Tuve que deshacerme de mis ahorros para poder salir de ahí con un aparato decente. Pero valió la pena, pues, gracias a que todo está en la nube, pude cargar todos mis datos, incluyendo el número de mi nueva amiga. ¿En qué momento todo comenzó a girar en torno a ella?

La guardé con el nombre de Flor, pues era la imagen que tenía en su perfil.

¡Hola! **18:42**

¿Qué haces? **18:42**

¿Andas por ahí? **18:45**

¡Hola, hola! 🙄 **18:50**

Decidí aguantarme las ganas de marcarle y mejor esperé a que me contestara los mensajes, no quería verme tan clavado. En lugar de eso, mejor le marqué a Daniel, ya que tenía desde el jueves que no hablábamos. Daniel siempre sale con una novedad y esta vez no fue diferente. Me contó que conoció a una chica durante el fin de semana y que había quedado con ella en salir en los siguientes días. Hasta me propuso que hiciéramos una cita doble con la mejor amiga. Le dije que lo pensaría, que todo dependería de cómo anduviera de humor.

Para las nueve y media de la noche resolví que había pasado el tiempo suficiente para poder llamarla.

LLAMADA SALIENTE FLOR A LAS 21:32

No me sorprendió que no me contestara.

Insistí con los mensajes.

¿No andamos de humor? **21:34**

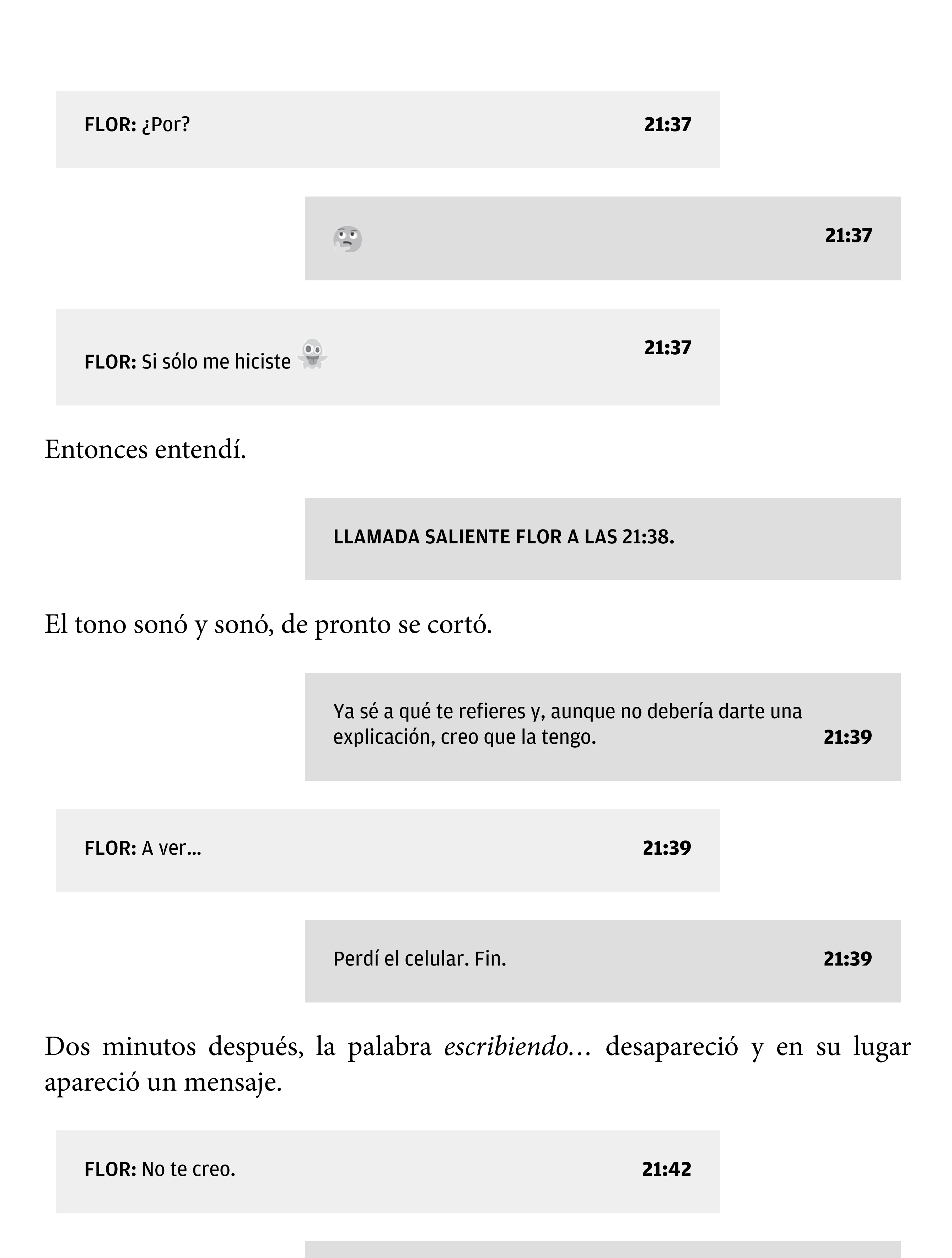
En ese momento vi que el mensaje se marcó como leído.

☺ **21:35**

FLOR:... **21:35**

¿? **21:36**

¿Andamos de mal humor? **21:36**



Entonces entendí.

El tono sonó y sonó, de pronto se cortó.

Dos minutos después, la palabra *escribiendo…* desapareció y en su lugar apareció un mensaje.

FLOR: ¿Cómo lo perdiste? 21:42

Es una larga historia. 21:43

FLOR: 🙄 21:43

Ok, Ok. Lo perdí en una pelea. 21:43

FLOR: ¿A golpes? 21:44

No, a espadazos. 21:44

FLOR: 🙄 21:44

Ok, Ok... Sí, a golpes. Qué poco sentido del humor, ¿eh? 21:45

FLOR: ¿Con quién? 21:45

No sé, no lo conocía. 21:45

FLOR: O sea que entonces eres un peleonero. Poco a poco te voy conociendo. **21:46**

Pues no es como que le pregunté su nombre antes de agarrarnos a madrazos. Además, fue por defender a mi mejor amigo. Se lo querían agandallar. **21:46**

FLOR: De todos modos, a eso se le llama peleonero. **21:47**

Eso no está en discusión. ¿Qué hiciste el fin de semana? **21:47**

De pronto nos encontramos platicando como si nos conociéramos desde hace mucho. No fue tan rápido, sino que poco a poco se fue dando la confianza. Supe que el azul era su color favorito, que la canción que más le gustaba era «Fireworks», de Katy Perry. Ha visto más de veintisiete veces *500 días con ella*. Su mamá es ama de casa y su papá socio en un despacho de abogados. Por lo que me dijo, le va muy bien. Y así es como conoces de pronto a alguien nuevo y ya tienes nuevas canciones para escuchar y películas que agregar a tu lista.

Yo le platiqué que mi color favorito es el negro. No me sorprendió que nunca hubiera escuchado mi canción favorita, «Pour some sugar on me», de Def Leppard; nuestra generación no conoce la verdadera música. Lo que sí me sorprendió fue que no hubiera visto todavía *El padrino*. ¿Quién en este planeta no ha visto un clásico de ese tamaño, aunque sea con sus papás?

Luego le conté acerca de mis padres. Me pareció válido responder las mismas preguntas. Le conté que vivo con mi madre y que a mi padre lo dejé de ver años atrás.

Luego llegó la hora de la verdad, el momento en que los instantes entre un mensaje y otro se vuelven obvios, porque sólo queda una cosa por preguntar entre dos desconocidos.

¿Cómo te llamas? **22:51**

Leyó el mensaje de inmediato, pero se tardó un momento en contestar.

FLOR: ¿Para qué quieres saberlo? **22:53**

¿En serio? No platico más de cuarenta minutos con una chica que no conozco. Al menos me gustaría saber cómo te bautizaron. **22:53**

Se tardó otro momento en contestar.

FLOR: Primero dímelo tú. **22:56**

Yo te lo pregunté primero. **22:56**

FLOR: No importa. 🤐 **22:56**

Escribí y borré mi nombre un par de veces, indeciso entre acabar o no con el anonimato. Y es que, aunque me gustaba platicar con ella, era imposible saber si todo lo que me estaba diciendo era cierto. Si en realidad estaba platicando con una chica de dieciséis años que vive en la Del Valle y que va en la prepa. En estos tiempos uno nunca sabe si del otro lado del chat está la Mataviejitas. Así que, considerando la posibilidad de que la conversación fuera pasajera, le escribí el primer nombre que me vino a la cabeza.

Matt. Me llamo Matt. **22:58**

Matt es el nombre de un niño que conocí cuando estaba en sexto de primaria. El pobre tipo era un idiota, de esos a los que les toca ser el costal de los niñitos populares del salón. Lo molestaban diciéndole que no se bañaba, porque decían que apestaba a tres metros de distancia. Yo nunca me sobrepasé con él, pues jamás me pareció divertido burlarme de alguien que no sabe defenderse. Por eso y porque, la verdad, sí era insoportable acercársele tanto debido a su mal olor.

Es tu turno. **22:59**

De nuevo me di cuenta de que escribía por un tiempo, pero no llegaba nada. Entonces apareció.

FLOR: Fabiola. **23:01**

Fabiola.

Bonito nombre. Elegante y sexy a la vez.



CAPÍTULO 5

ELLA

Le di un nombre falso por obvias razones, en estos días una nunca es demasiado cuidadosa.

De pronto recibí la llamada. De inmediato silencié el teléfono para evitar una tragedia. Era él, obviamente. A diferencia de la vez anterior, esta vez sí tenía ganas de contestarle.

—Hola —hablé en voz baja, casi en un susurro.

—¿Fabiola? —escuché su voz.

—Sí.

Cuando oí ese nombre se me revolvieron las tripas. Aun así seguí el juego.

—Mucho gusto —me dijo.

Por su tono de voz supe que al menos no estaba hablando con un vejete pervertido.

—No sé por qué te contesté. ¿Sabes qué hora es? Si mi papá se entera, nos mata a los dos.

Sentí como cuando de niña hacía alguna travesura y rezaba para que mis papás no se enteraran. No tanto por la hora, sino porque estaba hablando con un absoluto desconocido.

—Tienes una voz dulce —me dijo—. Eso quiere decir que a lo mejor no eres tan fea como te imaginé en un principio.

—¿De verdad me imaginaste tan fea? —le contesté, aguantándome la risa.

—Como un murciélago.

—Pues yo te imaginé más feo.

—Ah, pues sólo hay una manera de quitarnos la duda. ¿Te parece si intercambiamos *selfies*?

Se me escapó una carcajada antes de taparme la boca con la mano.

—Ni en tus sueños —le dije.

—Se vale soñar. Si quieres, yo te mando la mía primero.

—No, gracias —le respondí—. Seguro vas a buscar alguna foto en internet de algún modelo de pasarela neoyorkina y la vas a mandar como tuya.

—Carajo, me descubriste.

Con todo y que era la primera vez que hablaba con él, sentí como si conociera su voz de toda la vida. O tal vez fue que hablamos tan relajados que me hizo sentir a gusto y cómoda.

Pero el momento mágico se evaporó en el segundo que oí a papá entrar en mi habitación. Fue tan de sorpresa y tan a deshoras que me agarró completamente desprevenida.

—¡¿Con quién hablas, niña?! —me dijo, firme.

—Pa, ¿qué haces, por qué estás despierto a estas horas?

—Lo mismo te pregunto a ti, señorita. Estoy despierto porque tengo que revisar un caso muy importante para mañana. ¿Y tú?

No me salieron las palabras.

—Te voy a tener que confiscar ese teléfono.

—No, pa. Por favor. No estaba haciendo nada.

—Se escuchaban tus risillas hasta mi recámara, niña. Anda, dame ese teléfono.

—¡Papá!

—En este momento, señorita.

Se lo tuve que dar, totalmente en contra de mi voluntad.

—Papi, por favor.

—Nada de papi —me dijo, alzando su ceja derecha—. Te lo devuelvo mañana por la tarde, si te portas bien.

—Papá, no seas así.

—Sí soy. Anda, a dormir, que luego no te quieres levantar en la mañana.

—Pero me despierto con la alarma de mi teléfono, ¿ahora qué voy a hacer? —le dije en un último intento por quedarme con el aparato.

—No te preocupes, yo me encargo de despertarte mañana. Ahora a dormir. Buenas noches.

—¡Papá!

Cerró la puerta tras él.

Como lo dije, mi padre puede ser un sargento militar.

Al día siguiente, durante el desayuno, traté con todos mis encantos de convencer a papá de que me devolviera el teléfono. Normalmente logro convencerlo con mis ojitos pizpiretos y mi boca de puchero, pero, tratándose de su versión de papá celoso, no hay poder humano que lo haga quebrantarse, ni siquiera un poquito.

Además de no devolverme mi teléfono me interrogó sobre mi llamada de anoche. Papá es un detector de mentiras humano, así que antes de que termináramos el desayuno ya le había platicado acerca de Matt.

—¿Dónde lo conociste?

—Por WhatsApp.

—¿Cuántos años tiene?

—Es de mi edad.

Papá frunció el ceño.

—Dieciocho.

—Ya es mayor de edad. No quiero que vuelvas a hablar con él.

—¡Papá!

—Tienes dieciséis años, niña. No tienes nada que andar hablando con un adulto de dieciocho. Ve tú a saber qué costumbres tenga.

—Mamá, dile algo.

Mamá a veces interviene cuando papá se pasa de sargento. Algunas veces logra convencerlo, otras no. Esta fue una de las que me quedó a deber.

—Te lo voy a devolver.

—¡Yeiiii!

—Hasta la tarde.

—Mmmmm.

—Y si te vuelvo a escuchar hablando con un chico a esas horas de la noche, te lo quito y se lo vendo al conserje de mi oficina. Ya me dijo que anda buscando uno. ¿Entendido?

—Sí, pa.

En ese momento sonó el claxon que indicaba que Irene y su papá habían llegado por mí. Me apresuré hacia la puerta, pero papá me detuvo.

—¿A dónde vas?

—Al colegio —le respondí.

—¿Sin despedirte?

Tuve que regresarme.

—Adiós —le di un beso en la frente—. Bye, ma.

—Adiós, hijita.

Me salí de casa con la última tira de tocino en la boca.

CAPÍTULO 6

ÉL



Me pasé todo el camino hacia la escuela tratando de recordar su voz. Y su nombre —Fabiola—, que no dejaba de circular en mi cabeza, me hizo ponerle rostro de modelo de Victoria's Secret.

—¿Qué tanto murmuras? —me dijo Daniel, detrás del volante.

Por primera vez dejé mi motocicleta en casa y me fui en el coche con Daniel. Estábamos celebrando que se lo acababa de comprar con el dinero de una herencia que le dejó su tío abuelo. Él dice que jamás lo conoció, pero que, de haberlo hecho, le habría agradecido por adelantado el detalle. Daniel siempre ha sido un suertudo. Hace no mucho se encontró un billete de quinientos pesos en la butaca del cine. En otra ocasión, en una fiesta de fin de curso de la prepa, una chica se le acercó de la nada y lo besó. Cuando le preguntó por qué lo había hecho, la chica le contó que acababa de cortar con el novio y necesitaba la experiencia para olvidarse de su entonces ex. «Nada personal, amigo. Fuiste el primero que me topé, eso es todo», le dijo la chica, muy quitada de la pena. Es el típico que se gana todas las quinielas cuando vamos al estadio. Tiene tanta suerte que en varias ocasiones he tratado de convencerlo de comprarse un boleto de lotería, pues estoy seguro de que al menos se gana un reintegro. Aunque sea un Melate. Pero él dice que no cree en la suerte y no le gusta tirar el dinero en sorteos arreglados. Qué desperdicio.

—Nada. No he dicho nada.

Él me miró de reojo, como si no me creyera. Encendí el estéreo para acabar con la discusión antes de que empezara. No sabía el nombre de la canción, en la radio sonaba reguetón.

—Trae buen sonido —le dije.

—No chingues, apaga eso.

No tuvo que repetírmelo, la verdad es que a ninguno de los dos nos gusta la música de moda.

—Mejor platícame de la chica que conociste el fin —le pregunté.

—Uy, no me vas a creer. Güey, es un bombón. Tiene unas piernas que para qué te cuento, y una sonrisa que te deja helado. Las cejas, pobladas como me gustan, y unos labios de esos a los que te quieres enchufar para cargar la pila. Además es buena onda.

—Lo escucho y no lo creo —le contesto.

—¿Qué cosa?

—Pues que te clavaste.

—Estás loco. Qué clavado ni qué nada. Si apenas la conozco.

—Y yo te conozco a ti, y jamás te he escuchado hablar de la sonrisa de alguien.

—Cállate, que si sigues te... —me amenazó.

Se distrajo por menos de un segundo, pero fue suficiente para ensartarnos contra el coche de enfrente, que se detuvo en el semáforo.

—¡Mierda! Por andar diciendo estupideces —me volteó a ver.

—¿Es en serio que me vas a echar la culpa a mí? —solté una carcajada.

Típico de Daniel.

De pronto vi que peló los ojos.

—¿Qué te pasa?

—No manches, no me lo vas a creer —dijo, pálido, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué cosa?

—Es ella.

—¿Ella?

—Ella, la de la sonrisa —lo dijo como si hubiera sucedido un milagro celestial.

—No me jodas. ¿La de la fiesta del fin de semana? —le dije—. ¿Hablas en serio?

—Ojalá y fuera broma.

Los dos miramos hacia el frente y vimos cómo el hombre que manejaba el coche descendió. Parecía furioso.

—O sea que... ese que viene con cara de querer partirnos la madre es... ¿tu suegro? —le dije, mordiéndome el labio para no carcajearme.



CAPÍTULO 7

ELLA

Un idiota nos golpeó en la defensa trasera de camino al colegio. El papá de Irene bajó del coche para analizar los pormenores, mientras ella y yo nos asomamos por la ventana para espiar. Irene casi se mete debajo del asiento.

—¿Qué pasa?

—¡Es él!

—¿Quién?

—Daniel, el chico que conocí en la fiesta —me dijo—. ¡Qué vergüenza!

Pegué la cara al cristal de la ventana para tener una mejor vista.

—No me dijiste que era tan guapo.

—¿Guapo? —contestó Irene frunciendo el ceño.

Entonces supe que me había equivocado; yo me refería al que viajaba en el asiento del copiloto.

—Ya. Bueno, tiene pinta de buena gente —le dije, haciendo referencia al chico que se disculpaba con su padre en la calle.

—Oye, que tampoco es tan feo, ¿eh? —aclaró.

Yo, por mi parte, no le podía quitar el ojo al acompañante. Por eso no me di cuenta de cuando el tal Daniel se acercó caminando hacia nuestro coche.

—¿Irene? —dijo cuando la reconoció a través de la ventana.

A Irene no le quedó más que disimular que recogía algo debajo del asiento.

—¿Daniel? —respondió, haciéndose la sorprendida.

El papá de Irene entró al coche para sacar los documentos de la guantera.

—Me temo que van a tener que caminar hasta la escuela, niñas. Esto va a tomar tiempo.

—¿A qué escuela van? —dijo Daniel.

—Al Instituto Madero —respondió Irene, sin poder ocultar lo sonrojada que estaba.

—Mi amigo va para allá. Si gusta, señor, él las puede acompañar.

—¿Y tú? —Irene no dejaba de mirarlo.

—Él no va a ningún lado, mija. Tiene que esperar aquí a que llegue el ajustador —dijo su papá.

Y así, minutos después, nos encontramos de camino a la escuela escoltadas por un completo desconocido.

Resultaba irreal lo guapo que era, aunque el silencio era sumamente incómodo.

—¿Tú también vas al Instituto? —le pregunté.

El chico caminaba seguro de sí mismo, como manteniendo el ritmo al son de la música en sus audífonos. Me miró con una media sonrisa

—No. Yo voy al San Marcos, a dos cuadras.

Sentí como si estuviera haciendo algo prohibido, caminando junto a él. Y es que el Instituto Madero y el San Marcos han sido escuelas rivales desde siempre; en deportes, academia y hasta en el tema de las clases sociales. Digamos que en el San Marcos hay más alumnos becados. Desde que tengo memoria he escuchado que los chicos del San Marcos son peligrosos y rebeldes, del tipo del que hay que mantenerse lo más lejos posible.

—No tengas miedo, niña, que no somos tan malos como dicen —me aclaró.

Fue como si me hubiera leído el pensamiento.

—Obvio no te tengo miedo —respondí.

—Pues parece que sí, porque cada que avanzamos te alejas un poco —sonrió.

—No sé de qué me hablas —bajé la mirada.

—¿Tu amigo también va en el San Marcos? —preguntó Irene.

—Sí, desde la primaria.

Irene permaneció callada por el resto del camino.

Veinte minutos después llegamos a la puerta del Instituto.

—Servidas, señoritas. Ha sido un placer escoltarlas esta mañana.

—Gracias —respondimos al unísono.

—Pero no me puedo ir sin que me digas tu nombre —me dijo, mirándome a los ojos.

Nunca había sentido ese calor repentino. Irene lo aprobó con la mirada. Los ojos del chico se clavaron en los míos.

—Elizabeth —le dije.

—Pues mucho gusto.

—¿Y el tuyo?

—Alex.

En ese momento sentí que me puse más roja que un bote de cátsup. Me cuesta decirlo, pero tengo que aceptar que todo esto de coquetear con chicos es nuevo para mí. Ya quisiera tener las agallas de Irene.

—Adiós —dijo, se dio media vuelta y se marchó.

—Güey, ¿podrías disimular tantito? —Irene me golpeó en el hombro.

—¿De qué hablas?

—De que manchaste el piso de baba.

—Estás loca, claro que no.

—Si tú lo dices —se rio.

Segundos después Irene y yo nos dimos cuenta de que las puertas de la prepa ya estaban cerradas. Las reglas son muy claras, nadie cruza una vez pasada la hora de entrada. Y aunque sólo eran ocho minutos de retraso, ninguna de las dos tenía ganas de abogar por nuestra causa ante la directora.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—Podríamos regresar con mi papá al coche.

—Tú lo que quieres es ir a ver al tipo ese que nos chocó.

—Culpable. Pero no es como que tengamos otra cosa que hacer. ¿O sí? —respondió victoriosa.

De pronto escuchamos una voz.

—Par de suertudas.

Giré para encontrarme de nuevo con ese rostro y esos ojos que parecían dos soles. Allí estaba, como si no se hubiera marchado nunca. Por un momento tuve miedo de que hubiera escuchado mi conversación con Irene y sentí vergüenza.

—¿Es la primera vez que les cierran la puerta? —continuó.

Las dos nos encogimos de hombros.

—Pues esto hay que celebrarlo —dijo—. Si no tienen nada que hacer, las invito a desayunar a la fonda de don Tino, aquí a tres cuadras.

—Qué asco —reaccionó Irene—. ¿Sí sabes que allí sirven carne de perro?

—Pues no sabía, pero si es verdad, entonces el perro sabe delicioso. —Se acarició el mentón y luego soltó una carcajada.

Guapo, guapo, pero tenía una risa como de chivo de granja. Algún defecto debía tener.

—Guácala. No, gracias, mejor regreso con papá para ver qué se le ofrece —dijo Irene.

—Que te sea leve —se despidió Alex.

En ese momento no supe si Irene se marchó a propósito para dejarme a solas con él o si lo hizo porque en verdad no quería ir a desayunar con nosotros.

—¿Y tú? —me miró—. ¿Vienes conmigo?

Entonces mi vista se enfocó en la curva de sus labios que hacía que se le formara un hoyito en los cachetes. Sentí que, por un segundo, se me escapaba el aire de los pulmones.

—S… sí —dije, después de que se me destrabó la lengua.

—Pues va —me ofreció su mano, como príncipe de cuento.

Dudé tres milésimas de segundo antes de entregarle la mía.

—¿Segura que no vienes con nosotros? —levanté la voz lo suficiente para que Irene me escuchara a unos metros de distancia, pues ya iba de regreso al lugar del accidente.

Entre mujeres tenemos un lenguaje con el que nos podemos comunicar sin que los hombres se den cuenta. Es infalible, como clave morse. Un pestañeo o una mordida de labios pueden significar diferentes cosas, todo depende del contexto. A veces lo hacemos sin pensarlo. Esta vez, Irene entendió mi mensaje y, segundos después, me dejó sola con él.

CAPÍTULO 8

ÉL



Es inexplicable cómo un accidente a media calle te puede cambiar el día entero. A esta hora debería estar escuchando al profe de Química balbucear fórmulas sin sentido. En su lugar me encontré desayunando con una chica tan guapa que bien podría modelar para una revista. Además era de sangre ligera, cosa que normalmente no se da cuando lucen así.

—Parece que tu amiga y mi amigo se cayeron bien —le dije.

Sólo me contestó asintiendo con la cabeza.

¿Estaba nerviosa?

—Y tú, ¿tienes novio? —mi pregunta la sorprendió tanto que por poco me escupe el agua de mango en la cara.

—¿Eso les preguntas a todas las chicas que acabas de conocer? —me dijo bruscamente, y de pronto se sonrojó.

—¿A todas? Lo dices como si conociera cinco al día. Aunque no lo creas, soy bastante reservado a la hora de conocer a alguien.

—No lo hubiera pensado, tienes cara de coqueto —me dijo—. Además, no me contestaste.

—¿Qué?

—¿Que si eso les preguntas a todas las chicas que acabas de conocer?

—Sólo cuando me interesa saber la respuesta.

Me dio risa que se encogiera de hombros.

—¿En qué año vas? —continué.

—Primero de prepa. ¿Y tú?

—Tercero de prepa. O sea que, si mal no calculo, tienes quince o dieciséis años.

—Y tú, ¿dieciocho?

Los dos nos sonreímos. Fue una de esas cosas que no se necesitan decir para entenderlas. Un par de años de diferencia, a esa edad, es casi perfecto.

—¿Qué parte del perro te imaginas que te estás comiendo? —le pregunté justo cuando le dio la primera mordida a su torta.

—Prefiero no imaginarme nada —respondió, sin chistar, y con la más coqueta de las sonrisas, aunque pronto se la cubrió con la torta.

—Oye —le dije—. Tenemos toda la mañana libre. Hay un parque a un par de cuadras donde venden los mejores esquites que hayas probado jamás. ¿Vamos?

—¿Cómo puedes pensar en comer después de esta cosa? —agitó la torta frente a mi cara.

—No lo niego, si yo fuera Superman, la comida sería mi kriptonita.

—¿Cuál es tu favorita?

—Yo no discrimino. Me gusta todo.

—Pero debe haber una que prefieras por sobre todas las demás.

La pregunta era tan difícil que me costó un tiempo decidirme.

—Las chuletas de puerco con puré de papa —contesté con seguridad.

Es gracioso cómo puedes llegar a familiarizarte con una persona conversando de cosas triviales.

Después de la fonda nos fuimos al parque. Era todavía muy temprano, así que del elotero ni sus luces. Perdimos el tiempo sentados en una de las bancas, la que daba hacia la calle. Nos divertimos con el juego de los personajes, creándole una historia a cada persona que pasaba caminando. Quién es, de dónde viene, a dónde se dirige, etcétera. Si tienes imaginación, puede ser muy divertido.

Ni me di cuenta de lo rápido que pasó el tiempo. Para cuando nos enteramos, ya era la hora de salida de la escuela.

—¿Te llevo a tu casa? —le pregunté.

Titubeó por un segundo.

—No quisiera incomodarte —se encorvó de hombros.

—Si me pareciera incómodo, no me ofrecería.

—Buen punto —sonrió.

Media hora y doce cuadras y media después llegamos hasta la puerta de su casa. Como me imaginé, juzgando por su apariencia, su casa era casi del

tamaño de la escuela. Bueno, tal vez no tan grande, pero digamos que la mía cabe un par de veces dentro de la suya. Por lo general no me intimido con algo tan banal, pero en ese momento me quedó claro que estaba frente a una chica completamente fuera de mi alcance.

—Gracias por acompañarme —me dijo.

—De nada.

Nos miramos por un momento y todo alrededor desapareció. No sabía cómo hacerlo, si con la mano o con un beso en la mejilla, lo que sí tenía claro era que no quería despedirme de ella.

Completamente en contra de toda lógica, saqué mi teléfono y le pedí su número.

Ella titubeó por un segundo.

—No... no me lo sé de memoria —me dijo—. Y no lo traigo conmigo, lo olvidé en mi casa. Lo siento. Pero si me das el tuyo puedo...

No sé en qué momento pensé que funcionaría.

—Lo que pasa es que...

Una voz la interrumpió.

—¡Elizabeth!

Me di la vuelta y descubrí a un señor de metro y medio, algo panzón, y con una pelona como de fraile franciscano. También se cargaba una cara de perro bulldog que no podía con ella.

—¿Tu papá? —le pregunté.

—S... Sí —me dijo. Se sonrojó tanto que parecía jitomate.

—Entra a la casa, por favor —dijo el hombre.

—Hola, señor. Soy...

—Buenas tardes y adiós —me interrumpió, tajante.

Yo sentí un retortijón en el estómago. La miré y la vi encogida de hombros, avergonzada, como si quisiera disculparse por las malas maneras de su papá.

—La niña no tiene edad para regresarse caminando de la escuela con cualquier tipo —me dijo.

Aunque su comentario fue de lo más ridículo, sentí la necesidad de explicarle.

—Disculpe, señor. Lo que pasó es que...

—No fue pregunta, fue una afirmación. —De nuevo no me dejó terminar.

Elizabeth caminó hacia la puerta. Evidentemente quería evitarse la pena ajena por la escenita que estaba montando su papá. En el trayecto volteó una vez más y me miró.

—Gracias de nuevo.

Tan pronto cruzó el marco de la puerta, el señor interpuso el cuerpo. Se me quedó mirando, como midiéndole el agua a los camotes. Yo le devolví el gesto, inclinando el mentón ligeramente hacia abajo para poder mantener una línea recta. Si pensaba que podía intimidarme, estaba equivocado.

—Te voy a pedir que no vuelvas por aquí. No eres bienvenido —dijo. Luego se dio la media vuelta y cerró de un portazo.

Aquel hombre era la prueba de que la educación no tiene nada que ver con el dinero.



Mamá se dio cuenta de mi mal humor en el instante en que llegué a casa.

—¿Todo bien, hijo? —Le dio un sorbo a su té—. ¿Pasa algo?

—Nada, ma. Todo bien —le dije.

Andaba que no me calentaba ni una caldera de bruja. Tenía ganas de saltarme la comida e irme directo a mi cuarto. Pero nunca, desde que tengo memoria, he dejado que mamá coma sola. Además, ella cocina mejor que cualquier chef con cinco estrellas Michelin, por lo que perderse una de sus comidas es un verdadero pecado.

Veinte minutos después llegué a mi recámara y me dejé caer de espaldas sobre mi cama. Para ese momento ya se me había bajado el mal humor. Y así, con la mirada fija en el techo, permanecí por un buen tiempo, pensando en aquella sonrisa que tanto me encantó. Saqué mi teléfono del bolsillo y entonces pensé que tal vez hubiera sido buena idea darle mi número cuando me lo pidió. Así al menos me habría quitado la duda y habría comprobado si en realidad no le interesaba compartirme el suyo. Porque eso de que se le olvidó en su casa es todavía más difícil de creer que lo del Chupacabras.

Fue cuando miré la pantalla de mi aparato que recordé a Fabiola, la chica con la que había estado platicando los últimos días.



CAPÍTULO 9

ELLA

Después de rogarle por más de veinte minutos, por fin mi papá me devolvió mi teléfono. Con todo, lo hizo de malas y gruñendo como pastor alemán. Se quedó encendido toda la noche y todo el día, por lo que cuando me lo entregó ya no tenía batería. De inmediato lo puse a cargar, pues me urgía platicar con Irene y contarle lo que había pasado con Alex. Se me caía la cara de vergüenza sólo de recordar cómo papá lo corrió.

😈 ¿Cómo te fue con tu galán? **16:50**

IRENE: Ni me digas, estuvimos como dos horas con todo el rollo del seguro. Y en todo ese tiempo papá no se despegó ni por un segundo de mí. 🙊 **16:50**

Pues si ya sabes cómo es... **16:51**

IRENE: ¿Y a ti? ¿Qué tal las tortas de perro? **16:51**

😆 **16:51**

IRENE: A ver si no te da rabia. **16:51**

Güey, no manches, la rabia no te da por eso. **16:52**

IRENE: Pues tal vez no, pero en una de esas sí te da tifoidea. **16:52**

Ya deja de echarme la sal y mejor hazme un favor. Pídele a tu galán el teléfono de su amigo. **16:52**

IRENE: ¿Estuviste todo el día con él y no se lo pediste? **16:53**

16:53

IRENE: ¿Te urge? **16:54**

¿Eh? **16:54**

IRENE: Es que no quiero mandarle un mensaje sino hasta mañana. No quiero que piense que soy una intensa. **16:55**

 **16:55**

Irene es así, sabe perfectamente cómo manejar las situaciones. Y vaya que le funciona, nunca ha tenido problemas para encontrar o conservar galanes. Si mal no recuerdo, ha tenido tres novios y a los tres los ha traído babeando. Yo alguna vez tuve un galancillo, no hace mucho. Lo conocí en los quince de Irene. Esa vez sus papás echaron la casa por la ventana y rentaron el antro Baccarat, que estaba de moda hace dos años, pero ahora ya ninguna persona decente se atreve a pararse por allí. Irene bailaba con su novio de aquel entonces y yo me quedé sentada en una de las mesas con dos de sus primas, las dos más chicas que yo. Entonces se me acercó un chavo flaco, flaco y medio chaparro, con dos kilos de gel en el cabello. No era feo. Tampoco era guapo. Pero el hecho de ser el primero en aventarse a invitarme a bailar hizo que ganara puntos. Como si el DJ lo hubiera hecho a propósito, justo cuando llegamos a la pista se le ocurrió cambiar de ritmo y comenzar con las canciones tranquilitas. Todavía me acuerdo de que al pobre de mi galán le ganó la temblorina. No fue sino hasta la segunda canción que se animó a tomarme de la cintura, y eso porque yo lo ayudé. Como el primer beso que nunca se olvida, lo mismo sucede con la primera vez que bailas pegadito a alguien, el momento se queda impreso en tu memoria. Después de que terminamos me acompañó de nuevo hasta la mesa y allí me pidió mi teléfono. Como en aquellos años no tenía celular, le di el número de la casa. Y ese fue el error, pues bastó con la primera llamada y que contestara mi papá para que jamás volviera a saber del pobre chico.

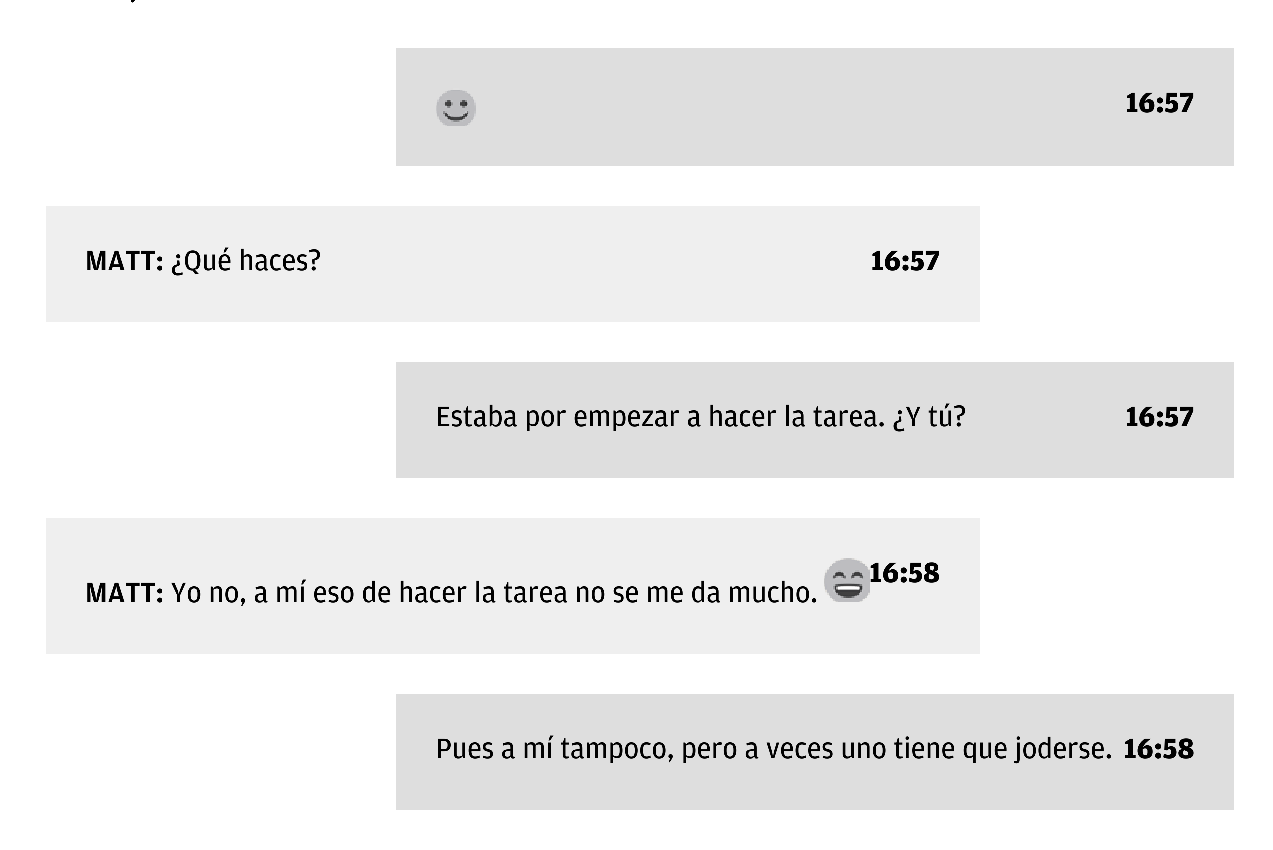
OK. Pero que no se te olvide. **16:56**

IRENE: ❤ **16:56**

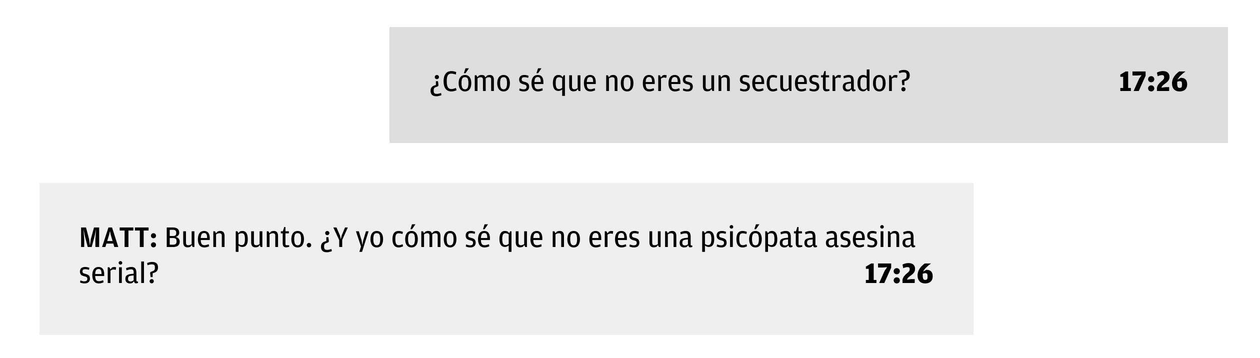
En ese momento recibí un mensaje de...

MATT: Hola, bonita. **16:56**

Y dale con lo de «bonita». Me causa un no sé qué que te digan «bonita» si ni te conocen. Con todo y eso no puedo negar que me emocioné al ver su mensaje.

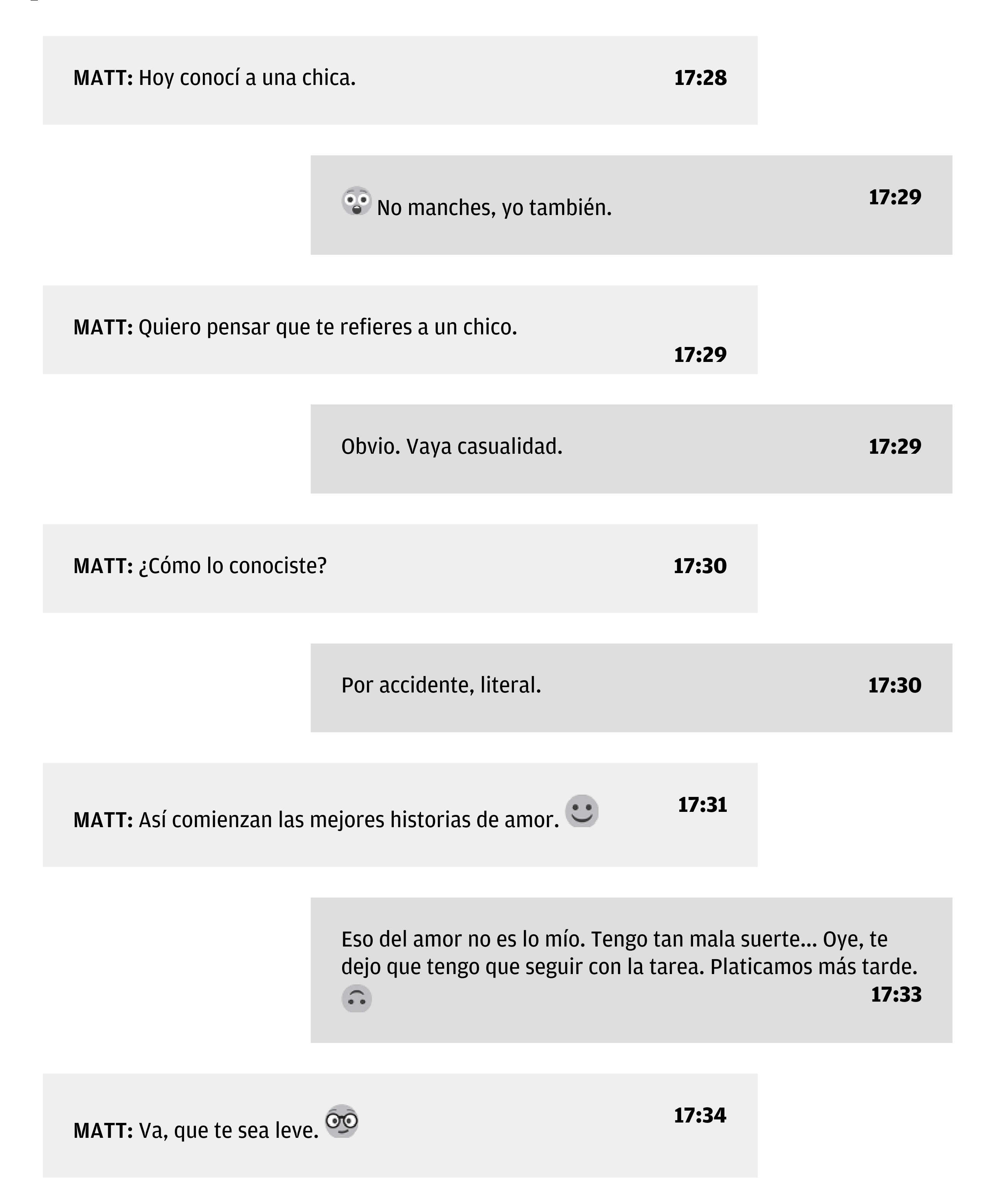


Continuamos enviándonos mensajes por un buen rato. En una de esas me preguntó en qué colegio iba y yo le contesté que todavía no me sentía cómoda revelando esa información.



Con base en esas preguntas hicimos un pacto, acordamos no revelar información que pudiera descubrir nuestra identidad hasta que los dos nos sintiéramos cómodos con eso. Y es que nuestra relación, si es que podíamos

llamarle así, marchaba a la perfección en el anonimato. De esa manera los dos éramos libres de decir lo que quisiéramos sin tener que caer en lo políticamente correcto.



CAPÍTULO 10

ÉL



El chat con Fabiola se volvió una costumbre de todos los días. A veces lo iniciaba ella, con preguntas tan sencillas como «¿Ya escuchaste esta canción?», y otras yo lo iniciaba con la excusa de preguntarle cualquier tontería con tal de que me contestara. Ella me mandaba sus videos favoritos y yo le respondía con uno de los míos. Comenzamos a compartir fotos de comida y de lugares que visitábamos, siempre cuidando la delgada línea del anonimato.

Es curioso cómo nos funciona la imaginación con tan poca información. Lo digo porque para esas alturas yo ya tenía una imagen clara de cómo era ella físicamente, consciente, claro, de que lo más seguro era que en la realidad no se parecería nada a esa foto creada en mi cabeza.

Nuestra convivencia se volvió tan habitual que empezamos a jugar con la posibilidad de algún día conocernos en persona. En un principio me comentó que tal vez no era buena idea, pues conocernos podría arruinar lo que ya teníamos. Pero a los pocos días cambió de opinión y también comenzó a pensar en la propuesta.

Me mandaba fotos de los lugares que visitaba, pero nunca fotos donde apareciera su rostro. Por las imágenes supe que seguido visitaba la plaza Arboleda, el nuevo centro comercial que abrieron al poniente de la ciudad unos meses atrás. Aunque parezca tonto, consideré la posibilidad de recorrer la plaza uno de estos días para ver si la encontraba, con todo y que no tengo idea de cómo es físicamente. En una ocasión, mientras visitaba una tienda de ropa en ese lugar, llegó a pedirme que la ayudara a elegir entre dos blusas de distintos colores. Le insistí en que me los modelara para no equivocarme en mi evaluación, pero, obvio, fue lo suficientemente inteligente para no caer

en mi trampa. En otra ocasión fui yo el que le pidió ayuda, esta vez con una tarea que tenía que entregar al día siguiente y que ni siquiera había empezado. Me pidió que se la mandara como archivo y me la regresó horas después completamente terminada.

El maestro no me va a creer que la hice yo. **20:32**

FABIOLA: ¿Por qué lo dices? **20:33**

Jamás en la vida he entregado algo tan bien hecho. Estoy pensando en cambiar algunas cosas sólo para eliminar el riesgo de sospecha. 🙊 **20:33**



Un jueves, Daniel me lanzó un papel hecho bola con un mensaje. Casi siempre nos sentábamos juntos, pero ese día nos separaron porque, según la maestra, somos un peligro. En el mensaje me preguntaba si me interesaba salir en una cita doble con Elizabeth, la amiga de Irene.

Daniel e Irene ya eran novios.

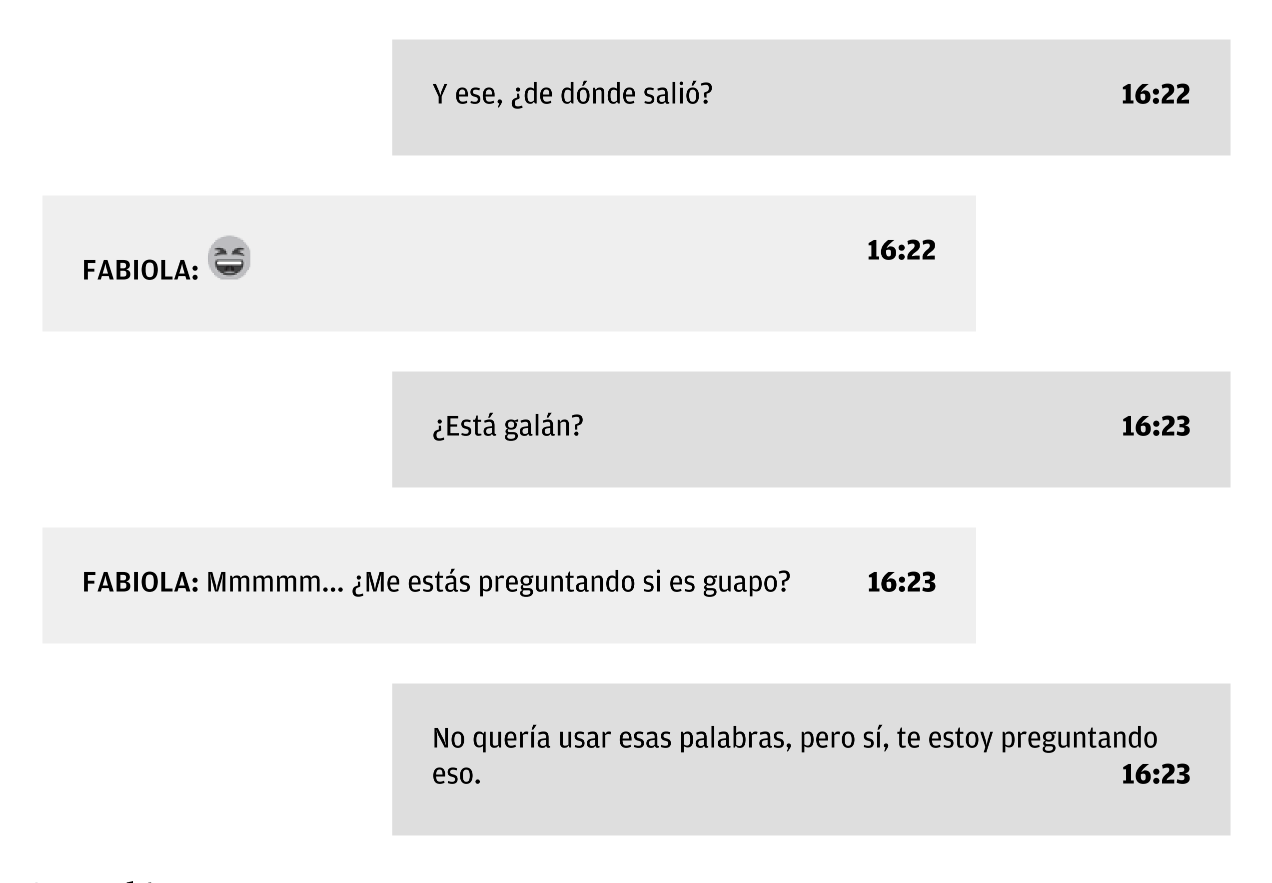
No había sabido nada de Elizabeth desde aquel día en que la encaminé hasta la puerta de su casa y nos interrumpió el cascarrabias de su papá.

Obviamente dije que sí de inmediato.

Con la misma velocidad en que acepté, Daniel le escribió un mensaje de confirmación a Irene.

Cuando Fabiola me preguntó, el mismo día de mi doble cita, cuáles eran mis planes para el fin de semana, no supe qué decirle. No sé, pensé que tal vez sería incómodo para ella saber que yo salía con una chica, pues, aunque no había nada más que una buena amistad virtual entre nosotros, la realidad era que nuestras conversaciones cada día se volvían más personales y cualquiera que las leyera podía llegar a pensar que había algo entre nosotros.

Pero a ella ese factor le importó muy poco y me contó que tenía planes de salir a cenar esa noche con un amigo.



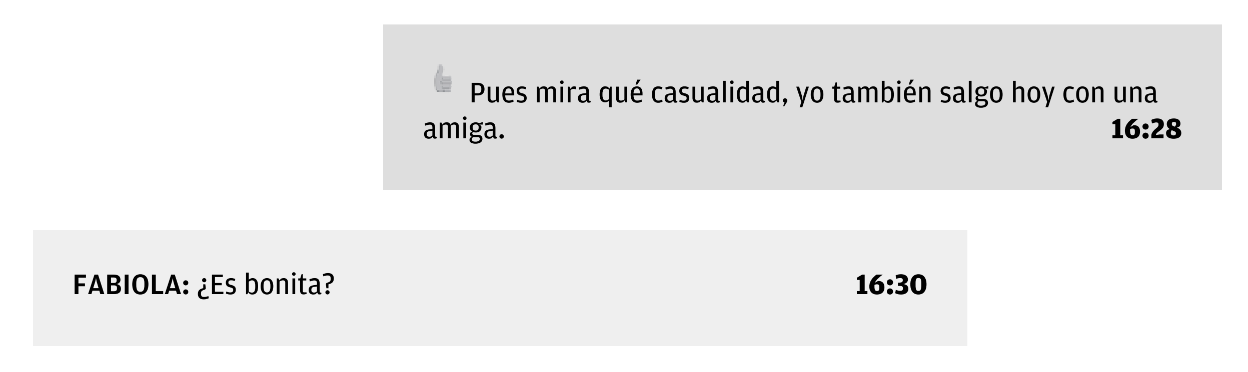
Se tardó unos minutos en contestar.

FABIOLA: De hecho sí, es bastante guapo. **16:25**

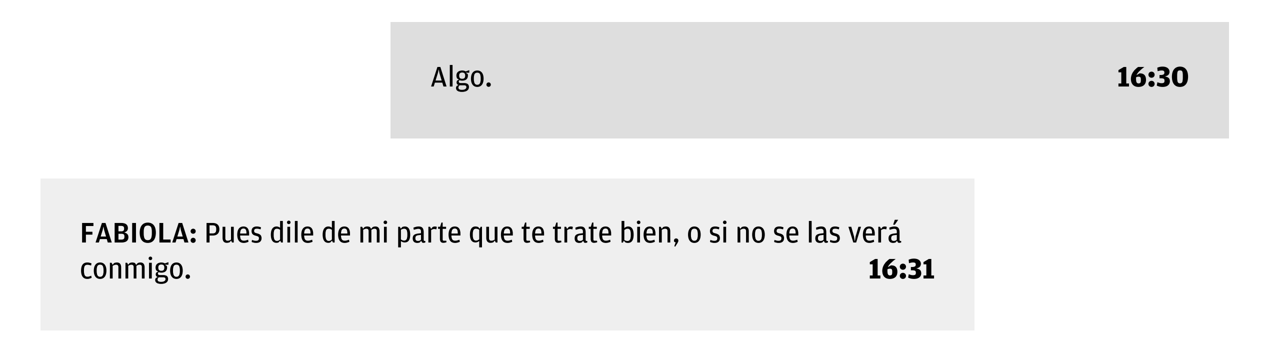
No lo voy a negar, leer su respuesta me provocó un remolino en el estómago. Como cuando de chico cargabas con la boleta de malas calificaciones en tu mochila y sabías que se la tenías que entregar a tus papás a la hora de la comida. Justo así me burbujeó la panza.

FABIOLA: Además me cae bien. Bueno, tengo tiempo de no verlo, pero me parece que es un buen chico. **16:25**

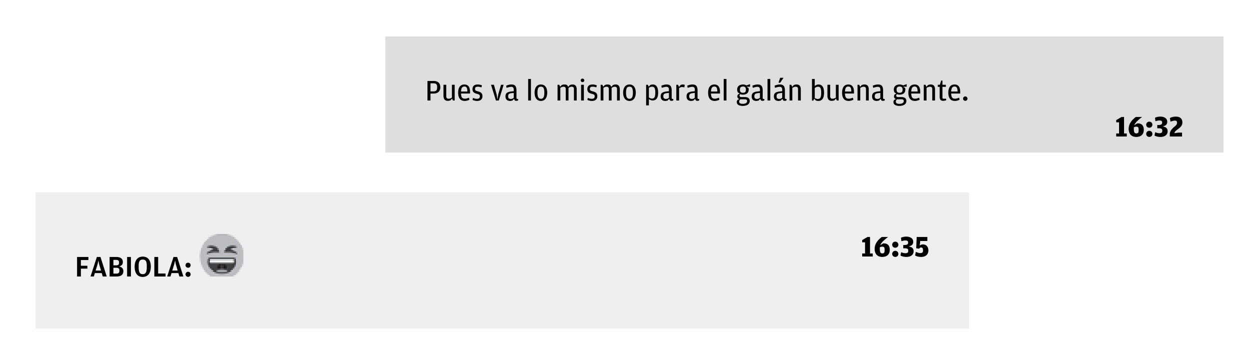
Yo no sé si lo estaba haciendo a propósito para provocar algo en mí o si era nuestro pacto lo que provocaba que me dijera esas cosas. Lo que sí sé es que ya no me estaba gustando la idea de imaginarla con alguien más. Mucho menos con un galán que además era «buen chico».



¿Que si es bonita? Sí, es muy bonita. Pero yo no quise ser tan cruel.



Típica frase de esas que desconoces por completo su intención. Por un lado te crea el sentimiento de que se preocupan por ti; por otro, te hace creer que esa preocupación tiene una razón de ser. No sabes si son celos o qué. Y si son celos, no sabes qué pensar al respecto, y tampoco sabes si también los sientes tú.





16:35

Esa fue la última conversación que tuvimos aquel día.



CAPÍTULO 11

ELLA

No tenía un vestido lo suficientemente vistoso en mi clóset, así que cuando Irene me dijo de la doble cita con Alex y Daniel, me lancé inmediatamente a plaza Arboleda a comprarme algo digno para la ocasión.

Esta no era la primera vez que salía con Irene en parejas. Medio año atrás, cuando ella andaba con Pablo, un noviecillo que le duró medio mes, salimos a ver una película. Esa vez me tocó ir con Gerardo, amigo de Pablo, un chico que medía metro y medio con todo y que llevaba puestos unos zapatos con doble suela. A mí me dio mucha pena porque, sin saber, ese día me puse tacones altos y el pobre no me llegaba ni a los hombros. Y eso que no soy alta. Quiero pensar que en la oscuridad de la sala nadie lo notó.

Cuando le dije a mamá lo de la cita, se puso muy contenta. Obviamente a papá no le agradó en lo más mínimo, pero no le quedó de otra más que aceptar. Mamá, con mucho cariño, le recordó que yo ya tenía edad para salir. Y papá, más rojo que el sol, se limitó a guardar silencio. Claro, papá me pidió que llegara a las once y media, ni Cenicienta hubiera considerado lógica esa hora; además me advirtió que si llegaba un minuto más tarde jamás volvería a dejarme salir. Era una cuestión de tómalo o déjalo y tuve que aceptar el trato.

En cuanto escuché que llegó el coche salí a la calle a toda velocidad. No quise arriesgarme a que Alex se bajara por mí, no con papá sentado frente a la televisión en la sala.

Al subirme al coche escuché una canción que me encantaba y después lo vi; estaba guapísimo, no me acordaba del efecto que tenía en mí. Llevaba una camisa negra arremangada, el cabello peinado hacia un lado y una sonrisa que me derretía.

Diez minutos después llegamos al Nirvana, uno de los restaurantes de moda, de esos que si no tienes reservación y llegas de improviso, te toca esperar al menos una hora. Por suerte no tuvimos que esperar porque Daniel ya se había encargado de eso.

Cuando llegamos a la mesa parecía que jugábamos a ser adultos. Irene y yo nos miramos y sonreímos; quién lo iba a pensar, dos chicas del Instituto Madero saliendo con dos chicos del San Marcos. Si nos vieran nuestras compañeras, seguro se mueren de la envidia.

No hay mejor escenario para conocer a alguien que una cena. Y si es con su mejor amigo, excelente. Porque es allí donde salen a relucir todos los acontecimientos importantes de su pasado, incluyendo los trapitos sucios. Y para eso está el amigo, para corroborarlos. Obviamente, la dinámica funciona de los dos lados. Claro que también llega el momento de la noche en que cada uno se limita a platicar con su pareja. Y ese fue el momento de la cena que más me gustó. Ya sin la complicidad de Daniel, Alex se convirtió en un chico algo tímido, aunque de primera impresión su carácter es imponente. Platicamos de todo, y es un gran conversador. No hay nada más sexy en un hombre que la combinación perfecta entre inteligencia y sensibilidad.

Cuando terminamos de cenar, Irene sugirió continuar la velada en el Skandal, un antro tipo cabaret, famoso por su pista de baile. Yo nunca he ido, pero sé que ella lo ha visitado un par de veces.

—Yo no creo que sea buena idea —dijo Alex.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene—. ¿No la estás pasando bien?

Yo me hice la que no escuchó. Tampoco me pareció la mejor idea.

—Al contrario —dijo Alex—. Me la estoy pasando tan bien que no quiero arruinar la noche.

—¿Y por qué habría de pasar eso?

—Lo que pasa es que Alex tiene dos pies izquierdos —rio Daniel.

—Si yo tengo dos pies izquierdos, tú tienes uno y medio. —Alex se defendió.

No pude evitar soltar una risilla.

—Si no sabes bailar, entonces eso no es problema —dijo Irene—. A Elizabeth no le sale ni «La Macarena».

Levanté la mirada y choqué con la de él.
—¿Tu tampoco sabes bailar? —me preguntó.
Yo, muerta de la pena, negué con la cabeza.
—¿Ves? No hay nada de qué avergonzarse —insistió Irene.
Alex lo pensó por un momento y luego se armó de valor.
—Si no te molesta recibir un par de pisotones... —me dijo.

CAPÍTULO 12
ÉL



Muchas veces lo había visto por fuera, de camino al centro de la ciudad, pero nunca, ni en mi más disparatada imaginación, había considerado la posibilidad de cruzar caminando esa entrada. Pero ahí estábamos, Daniel y yo, enemigos de todo lo que suene a reguetón y salsa, cruzando la tarima que sirve como pista de baile.

Eran cerca de las diez y media, y el lugar todavía lucía medio vacío. Irene nos explicó que no era por falta de clientes, sino porque la gente que suele frecuentarlo tiende a llegar todavía más tarde.

—Este es el lugar perfecto para el *afterparty* —dijo alzando la voz para que pudiéramos escucharla por encima del escándalo que ahí llaman música.

Y soportar ese ruido no fue lo único, también tuve que cooperar con cien pesos para que el mesero nos consiguiera una mesa. Y aún peor, por los doscientos pesos que pusimos Daniel y yo nos consiguieron un lugar en la mera esquina, junto a los baños, pues todos los demás al parecer estaban reservados.

Entonces salió un señor al escenario. Iba vestido con unos pantalones color caqui y una camisa hawaiana desfajada que no le alcanzaba a cubrir toda la panza. El presentador tomó el micrófono y anunció con bombo y platillo, literalmente, a la banda que a continuación subió a su lado.

Tan pronto comenzaron a tocar, Irene tomó a Daniel de la mano y lo arrastró hacia la pista. Solté la carcajada pues, por un momento, Daniel e Irene eran los únicos bailando. Mi amigo se veía tan ridículo que agradecí que Elizabeth no fuera igual de intensa.

Pasaron tres o cuatro canciones y el pobre de Daniel seguía tratando de no tropezarse con los pies de Irene. Yo trataba de disimular cada vez que Elizabeth me miraba, pues sabía que en algún momento llegaría la pregunta incómoda que me llevaría a la misma suerte.

Al final sí llegó. No directa, pero casi como si lo fuera.

—No tenemos que bailar si no quieres —me dijo encogida de hombros.

Admito que estuve a dos de aceptar su propuesta. Pero luego me vino a la cabeza la idea de que, si lo hacía, sería recordado como el aguafiestas y no me pareció tan agradable. Además, pensé si habría alguien en ese lugar que me conociera y la posibilidad era nula. Pero, como no quería caminar por mi propia voluntad por la plancha, mejor le pasé la bolita.

—Yo sólo quiero si tú quieres.

Entonces me golpeó con una sonrisa, una que me aflojó las piernas y quebrantó mi voluntad. Luego me tomó de la mano y, suavemente, me jaló hacia la pista. Para ese momento ya había otras parejas bailando, así que sentí alivio al saber que al menos me podía camuflar, y así mi torpeza no sería tan evidente.

Yo estaba perdido, sin una idea de por dónde comenzar. Traté de copiar el estilo de las parejas de alrededor, pero cada uno era tan diferente que me fue imposible escoger. Elizabeth fue más habilidosa y pronto comenzó a imitar a la pareja de junto. Me tomó de las manos y las colocó en su cintura, y luego puso las suyas sobre mis hombros. Un paso adelante, otro hacia atrás, eso fue lo único que pude lograr.

Soy un cartón.

Siempre he pensado que no hay nada más ridículo que bailar en público. Pero también he pensado que no hay nada más sexy que ver a una chica bailando cuando lo hace bien. Y no era que Elizabeth fuera Beyoncé, pero al menos no era una tabla como yo. Se movía al ritmo de la música de una manera que le vibraban los hombros y le tambaleaba la cintura. Además, nunca perdimos el contacto visual, lo que me mantuvo siempre a la expectativa, como si estuviera a punto de llegar el momento más importante de la noche.

Nunca llegó.

Lo que sí llegó fue un pensamiento que me hizo cuestionar la autenticidad de aquel momento, como si todo fuera un sueño: ¿cuál era la probabilidad de que alguien como Elizabeth estuviera interesada en un tipo como yo? Nuestras diferencias son muy evidentes, basta con ver el tamaño de su casa para darse cuenta. ¿Qué pasará cuando le diga que tengo que trabajar en vacaciones para poder guardar algo de dinero?

Me sacudí el pelo y me propuse no pensar más en eso, y mejor disfrutar el momento.

Bailamos todo el tiempo que duró el concierto del grupo tropical. Fue sólo cuando se cortó la música para cambiar de banda que Elizabeth sacó su teléfono y lo miró con ojos de quien está frente a un muerto.

—Tengo que irme —dijo mientras palidecía.

—¿Qué sucede?

—Que no me di cuenta de la hora y son las doce.

El tiempo vuela cuando la estás pasando bien.

—Me van a matar en mi casa.

Elizabeth se abrió paso entre la gente sobre la pista y llegó hasta Irene. Le dijo algo al oído y salimos de ese lugar más rápido que el tren bala.



CAPÍTULO 13

ELLA

Le pedí a Daniel que por favor detuviera el coche media cuadra antes de llegar a mi casa. Alex se ofreció a acompañarme hasta la entrada, pero le dije que no lo hiciera para evitar cualquier posibilidad de que me descubrieran.

—Espero que te la hayas pasado bien —me dijo. Sus ojos brillaban aun en la oscuridad de la calle.

Quería decirle tantas cosas, pero, en ese momento y por las prisas, se me trabó la lengua.

Las luces de toda la casa estaban apagadas, con excepción de la que ilumina el caminito que llega hasta la calle. Deseé con todo mi corazón que papá no estuviera esperándome detrás de la puerta.

Ya adentro caminé de puntitas por el recibidor hacia el pasillo que lleva a las recámaras. Fue como si estuviera recorriendo una casa embrujada, temiendo que en cualquier momento apareciera algo escalofriante. Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta cuidadosamente y me tomé un respiro. Permanecí inmóvil, recostada sobre la cama, sólo para comprobar que el silencio era real y que no había señal alguna de haber sido descubierta.

Entonces se abrió la puerta y a mí se me congeló el corazón.

—¿Cómo te la pasaste? —mamá sonrió.

Suspiré profundo y le dije:

—Casi me matas de un infarto.

—Eso te pasa por no cumplir con la hora. Por suerte tu papá se quedó dormido desde las once y todavía sigue roncando peor que un oso.

Por su mirada supe que no le iba a ir con el chisme.

—Gracias, ma. Me la pasé increíble. —Mi cara de felicidad era demasiado obvia.

—Me da mucho gusto, mi niña —mamá se acercó y me dio un beso en la frente—. Buenas noches.

—Buenas noches, ma.

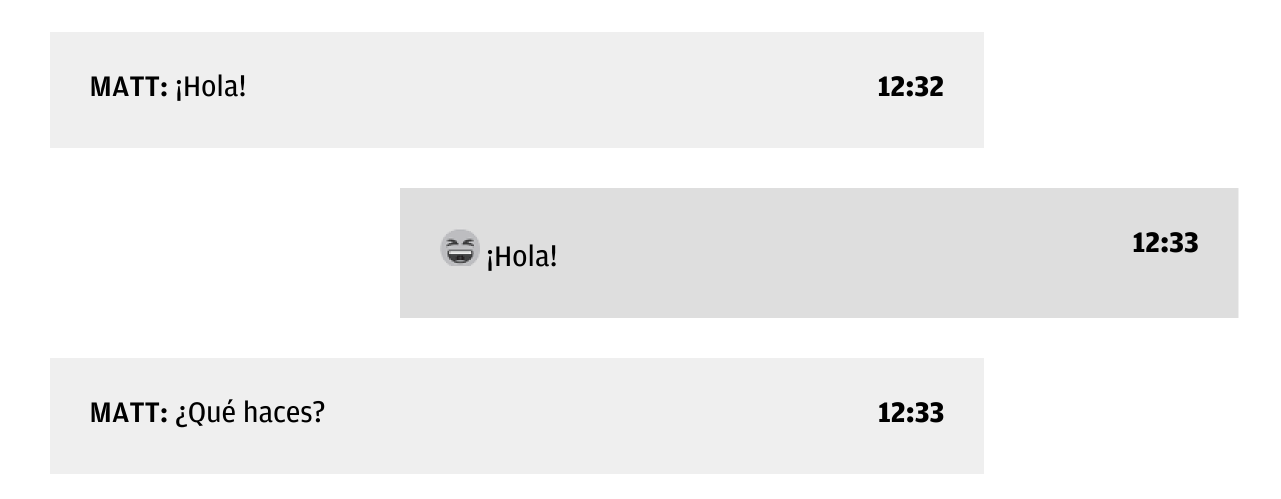
Cuando me quedé sola repasé toda la cita en mi cabeza y me quedé dormida pensando en Alex.



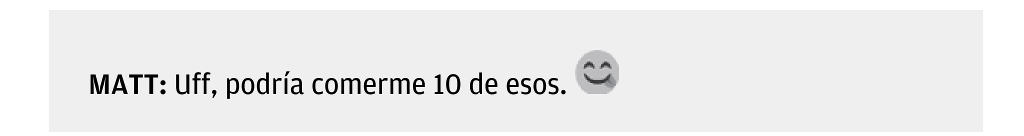
Desperté hasta el mediodía siguiente. Tenía mucho de no dormir tanto. Sentí como si me hubiera quitado años de encima al momento de estirarme. Me levanté con hambre de dinosaurio y me fui a la cocina para prepararme algo. Un sándwich de crema de cacahuate con mermelada de fresa, mi favorito.

Mamá no estaba, los fines de semana normalmente se va al café con sus amigas. Papá tampoco estaba, por suerte. Los sábados se va al club a jugar volibol y no regresa sino hasta la tarde.

Le acababa de dar la primera mordida a mi sándwich cuando recibí un mensaje que me puso de buen humor.



Le mandé una foto de mi sándwich.



12:34

Seguro eres un gordo panzón. 12:34

MATT: 😆 12:35

Nos quedamos platicando un buen rato. En todo ese tiempo no salió a la conversación cómo nos había ido la noche anterior. A lo mejor ninguno de los dos quería escuchar que al otro le había ido bien. Al menos lo digo de mi parte.

En ese momento recibí un mensaje de Irene, que me invitaba a ver películas a su casa. No hay nada más placentero en esta vida que echarte en el sillón frente al televisor y acabarte las sugerencias de Netflix. No me tuvo que preguntar dos veces.

Con Matt quedé en hablar más tarde porque tenía que meterme a bañar y todas esas cosas. Se despidió con su frase de siempre: «Chao, bonita». Que me llamara «bonita» había dejado de ser un problema desde días atrás.

Pedí un Uber y llegué a la casa de Irene diez minutos después. Sus papás habían salido de fin de semana a una quinta que tienen en el campo, así que éramos libres de hacer lo que se nos pegara la gana. Y lo que se nos pegaba la gana era echarnos a flojear.

Pero lo que pintaba para ser una tarde agradable de pronto se volvió aburrida cuando Ricky hizo su aparición. Ricky es el hermano de Irene y una de las personas más nefastas que existen sobre el planeta Tierra. Es de esos que se creen hechos a mano por los mismos dioses, nada más porque tiene el cabello rubio. La cosa ha empeorado desde que pasó a tercero de prepa, lo sé porque él también va al Instituto Madero. Da pena ajena verlo caminar por los pasillos, rodeado de sus lacayos, molestando a todos los que por desgracia van uno o dos años abajo, sólo porque él es el chico más grande de la prepa.

Además de nefasto, Ricky tiene maestría en ser metiche. Siempre, desde que tengo memoria y visito la casa de Irene, se la pasa tratando de meterse

en nuestras pláticas y de opinar.

No es un secreto, ni para Irene ni para mí, que Ricky tiene una fijación conmigo. Me ha invitado a salir en diferentes ocasiones y siempre le he dicho que no. Una vez, cuando yo tenía diez años y él doce, salí con Irene a pedir Halloween a las casas de la colonia. Irene se vistió de Caperucita Roja y yo de la abuelita, lo habíamos planeado con semanas de anticipación. Cuál fue nuestra sorpresa que Ricky llegó esa noche con un disfraz de lobo feroz y se apuntó para acompañarnos en todo nuestro recorrido. A Irene le pareció que fue un gesto dulce e inocente por parte de su hermano, pero a mí me pareció más bien que aquello fue el comportamiento de un acosador.

—¿Qué estamos viendo? —se sentó junto a mí en el sillón.

Me hice a un lado para evitar que sus piernas se acercaran a las mías.

—Nada que te interese, quítate —le dije sacando mi lado agresivo.

Es tan vanidoso y sangrón que en realidad cree que con una mirada y una levantada de ceja cualquiera va a caer rendida a sus pies. Lo ha intentado conmigo más de doscientas mil veces, pero en vez de provocarme atracción me ha dado risa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Irene—. ¿No ibas a ir a casa de Rubén?

Rubén es uno de los amigos de Ricky.

—Me dio flojera —contestó en tono pedante.

Luego puso su mano sobre mi rodilla.

—¿Cómo has estado, Eleonora?

Me repatea que me llame Eleonora. Ya se lo he dicho varias veces, pero estoy segura de que lo hace a propósito. Seguro piensa que, muy en mi interior, me causa gracia. Además no sé de dónde lo sacó, si mi nombre ni siquiera rima con eso.

—No me llamo Eleonora y no te lo voy a repetir.

Quité su mano como si fuera un calcetín apestoso y me alejé hasta el extremo del sillón.

No tengo idea de por qué, pero a Irene le parece lindo que yo le guste a su hermano y lo califica de juguetón cada que hace cosas como esa. Claro que sabe que yo jamás estaré interesada en él y tal vez por eso le resulta divertido. Tengo que ser sincera y decir que, al menos hasta ahora, sus intentos de llamar mi atención siempre han sido inofensivos.

—Tal vez sería buena idea invitar a los chicos —le dije a mi amiga.

Irene levantó la ceja y, de un brinco, se puso de pie.

—No sé cómo no se me ocurrió antes.

—¿Qué chicos? ¿De qué están hablando? —replicó Ricky, el entrometido.

De inmediato, Irene comenzó a escribirle un mensaje de texto a Daniel.

—Si piensas que voy a dejar que invites a tu novio, estás muy equivocada. Ese naco del San Marcos no pisa el suelo de esta casa ni por error.

—Ni siquiera lo conoces —dijo Irene.

—Ni me interesa conocerlo. Ya, neta, ¿no te da ñáñaras andar con un güey de esos?

—¿«Un güey de esos»? —dije.

—Un naco de esos. Lo ves hasta en el color de su piel, es de otra clase, güey.

—¿De qué estás hablando? —Irene frunció el ceño.

—Si no lo ves, estás ciega.

—Tu manera de pensar estaba de moda en otros tiempos, hermanito. No sé si te llegó el aviso, pero cambiamos de siglo hace ya varios años.

—Hay cosas que no deberían cambiar.

—Lástima que eso tú no lo decides.

—Soy el hombre. Si mis papás no están, yo me quedo a cargo de esta casa. Y si digo que ese naco no entra, no entra.

Sus palabras fueron como el zumbido de un mosquito.

—Te lo repito: ¿no te llegó el aviso del cambio de siglo? Ah, por cierto, también viene el novio de Eli. —Irene le picó la cresta.

Ricky puso una cara de muy pocos amigos

—¿Qué? ¿A ti también te gustan los *gatos*?

—No es mi novio, sólo es mi amigo —la desmentí por mero instinto.

—Para efectos prácticos es lo mismo, sigue siendo un *gato*.

Después de escuchar la sarta de estupideces de Ricky, decidí seguirle el juego a Irene.

—Pero si me pide ser su novia, no le digo que no. —Sonreí.

Ricky no se pudo aguantar las ganas de hacer una rabieta.

—Ya te lo dije, cualquier *cacahuate* que pise el suelo de esta casa lo saco de aquí. Punto.

—Tienes serios problemas, hermanito —Irene sonrió.

Ricky hizo coraje y se marchó a su cuarto.

CAPÍTULO 14

ÉL



Daniel me mandó un mensaje para avisarme que nos veíamos en casa de Irene dentro de media hora. Me mandó la ubicación por WhatsApp y todo. Corrí a darme un regaderazo y salí de mi casa exactamente veinte minutos después.

Cuando llegué a casa de Irene me abrió la puerta un güero con cara de mamón que dijo que me había equivocado de dirección. Estaba a punto de marcharme cuando escuché un grito desde el interior de la casa.

—Pasa, no le hagas caso.

Era la voz de Irene.

Con una cara de pocos amigos el güerillo se hizo a un lado para dejarme pasar.

Del recibidor se llegaba hasta la cocina y allí fue cuando la vi, sirviéndose un vaso de agua del refrigerador. Estaba de espaldas y ella no me vio. Permanecí observándola por unos segundos y me di cuenta de que podía quedarme todo el día mirándola. Pero el hechizo fue interrumpido por el güero que, al verme, habló en voz tan alta como para que lo escucharan en la casa del vecino.

—¿Qué haces aquí? La estancia está al final del pasillo —me dijo.

Elizabeth volteó al escucharlo y en ese momento cruzamos miradas. Me sonrió y yo sentí que había salido el sol.

—Hola.

—Hola.

El güero nunca se movió.

—Él es Ricky, hermano de Irene —me lo dijo como a fuerzas.

Elizabeth y yo nos fuimos a la famosa estancia, y el tal Ricky caminó detrás de nosotros, como guardaespaldas.

Allí estaban Daniel e Irene, dándose un beso de aquellos, pero se separaron medio metro en cuanto entramos.

—Qué hueva estar aquí, mejor me voy a casa de Rubén —dijo el hermano de Irene—. Barren y desinfectan antes de que se vayan.

Los cuatro fruncimos el ceño al mismo tiempo.

El güero desapareció por el pasillo y ya no lo volvimos a ver ese día.

—Lo siento, mi hermano es un caso —dijo Irene, como si le hubiéramos exigido una explicación.

—No sé por qué, pero siento que lo he visto antes en alguna parte. —Daniel se rascó el mentón—. Pero no recuerdo dónde.

—Ricky juega futbol en el equipo del Instituto.

Daniel tronó los dedos.

—Claro, de ahí lo ubico.

—Ricky no es tan malo, lo que pasa es que se preocupa por nosotras. Por eso se puso así.

A mí me cayó en el hígado, claro está, pero no era el momento de decir algo, así que no lo hice.

—¿Qué les parece si pedimos una pizza y vemos una película? —preguntó Irene.

Me pareció una excelente idea... hasta que tuvimos que ponernos de acuerdo en la película. Y es que fue ingenuo de mi parte pensar que a todos nos gustarían las pelis de terror o las comedias. Al final escogimos una que más o menos nos convenciera a todos.

Durante la película fue algo incómodo ver como los tórtolos se tomaban de las manos, se abrazaban o se besaban cada vez que la película se ponía aburrida. Fue como comer pan delante de los pobres. Eso, y el hecho de que durante toda la película estuve calculando la distancia entre mi mano y la de Elizabeth. Poco a poco, disimuladamente, traté de acercarme lo más posible. Por un momento me quedé mirándola de reojo para ver si ella hacía lo mismo. Pero la vi tan interesada en la historia que seguro ni se dio cuenta de que mi mano llegó a estar a milímetros de la suya.

Milímetros.

Fui un cobarde.

Cuando terminó la película, Irene y Daniel propusieron ver la siguiente recomendación de Netflix en la pantalla de los créditos. Obviamente, Elizabeth y yo, que sí estábamos viendo la película, expusimos nuestros argumentos para cambiar a algo más a nuestro gusto. Para nuestra sorpresa, los noviecitos aceptaron nuestra propuesta.

Pero justo antes de comenzar, a Elizabeth le llegó un mensaje de texto que canceló nuestros planes.

—Chicos, me tengo que ir.

—¿Por qué? —preguntó Irene.

—Vine sin avisar y mamá ya llegó a casa.

—Si no traes coche, yo puedo llevarte. —Levanté la mano como si estuviéramos en clase.

Elizabeth aceptó y dos minutos después ya estábamos en la banqueta frente a la calle.

—Siento haber arruinado la tarde —me dijo.

—¿De qué hablas? Claro que no arruinaste nada.

Cuando vio mi motocicleta, se paró en seco.

—Esta es... ¿¡tuya!?

—Sí. ¿Por?

Vi cómo dudó por un segundo.

—Nunca me he subido a una. ¿No se supone que son peligrosas?

—Sólo si eres repartidor de pizzas.

Ella sonrió y entonces se animó a subir. Saqué mi casco de la cajuelita debajo del asiento y se lo ofrecí. Se acomodó el cabello y se lo puso encima. Se le complicó asegurarlo y tuve que ayudarla. Nuestras miradas se entrelazaron durante el breve instante en que se lo coloqué.

Si tan sólo hubiera tenido el valor para robarle un beso.



CAPÍTULO 15

ELLA

Coloqué mis brazos alrededor de su cintura. El arrancón provocó que apretara mis manos para no caerme hacia atrás. El aire me golpeó el rosto y me escondí detrás de su cuerpo.

Cuando llegamos a mi casa me ayudó a bajar de la motocicleta y le agradecí el favor con una sonrisa. De pronto vi que llevó sus manos hacia mi rostro. Por un momento pensé que pasaría lo que hubiera querido que pasara. Cerré los ojos y esperé. Pero en lugar de sentir sus labios en los míos, me di cuenta de que sólo estaba desabrochándome el casco.

Sentí cómo me sonrojé.

—Te acompaño a la puerta —me dijo.

Asentí y comenzamos a caminar juntos.

Durante el trayecto, que fueron sólo unos cuantos pasos, Alex permaneció callado. Se hizo un silencio de esos incómodos, que sabes que suceden porque los nervios juegan con tus sentidos. Yo también permanecí callada mientras buscaba en mi cabeza cualquier tema que pudiera funcionar para quebrantar aquel hechizo.

A ninguno de los dos se nos ocurrió nada.

Nos sonreímos mutuamente cuando llegamos hasta la entrada de mi casa. Fue entonces que se me destrabó la lengua.

—Gracias por el aventón —le dije.

—Fue un placer.

Dudé entre abrir la puerta o no, como si supiera que me hacía falta algo.

—Eli —me dijo.

—¿Sí? —volteé.

—¿Me das tu número?

Alex sacó su celular y se preparó para anotar.

—Claro —traté de disimular mi emoción—. ¿Cuál es el tuyo? —le pregunté después de que se lo dicté.

—Ahorita te mando un mensaje para que lo tengas —me dijo. Seguía apuntando en su aparato.

—Adiós —finalmente me despedí y me metí a la casa.

Después de cerrar la puerta caminé rápido hacia la ventana para verlo alejarse por la acera. Obviamente lo hice detrás de la cortina, para no verme como una *freak*.

Entonces escuché la voz de mamá.

—Eli, ¿eres tú?

—Sí, mamá. Ya llegué.

Mamá me llamó la atención por haberme ido a casa de Irene sin avisar.

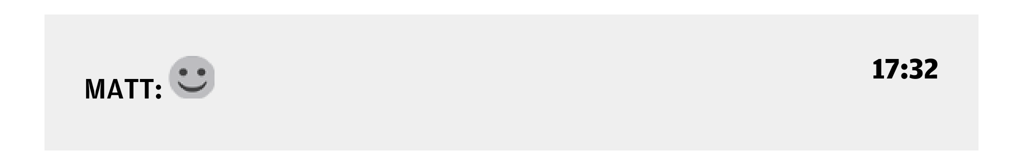
—Tienes suerte de que tu papá no ha llegado. Ya ves que se pone de mal humor.

—Papá siempre está de mal humor.

—Tú sabes que eso no es cierto —me dijo.

No pude discutir, pues tenía razón. Papá es el Osito Bimbo la mayor parte del tiempo. Nada más que no se trate de mí y un chico porque entonces se convierte en un oso rabioso.

Di la vuelta y fui a mi habitación. Me disponía a leer un libro cuando escuché la alerta del WhatsApp. Esperaba el mensaje de Alex en cualquier momento, así que miré la pantalla con emoción.



En ese momento tuve sentimientos encontrados. Quizá fue que no me lo esperaba, pero el mensaje de Matt no me causó tanta emoción. Lo supe porque dudé por un momento antes de contestar.



Me pareció extraño que después del saludo Matt ya no me respondió nada. De igual manera fue extraño que jamás recibí un mensaje o una llamada de Alex para compartirme su número. Me quedé esperando toda la tarde y nunca llegó. Como una loca, me puse a pensar en los diferentes motivos por los cuales no me había escrito. Tal vez me lo pidió por mero compromiso, para no hacerme sentir mal. Pero, entonces, ¿por qué se ofreció a regresarme a casa?

A veces la mente, tan poderosa, funciona en nuestra contra, sobre todo cuando intentamos adivinar lo que los demás están pensando.

CAPÍTULO 16
ÉL



Me salí quince minutos antes de la prepa para poder alcanzarla en su hora de salida en la puerta del Instituto Madero. Ya en alguna ocasión lo había hecho, me refiero a esperar al otro lado de la acera de aquel colegio, alguna vez que me gustó una chica que estaba de intercambio.

Salieron de a montón, así que no fue fácil ubicarla. La encontré minutos después, a lo lejos, mientras bajaba las escaleras. Cargaba con la mochila a sus espaldas y traía una coleta de caballo que la hacía ver increíble.

Hermosa… y sexy.

Comencé a caminar en su dirección para interceptarla de sorpresa. Pero la sorpresa me la llevé yo cuando, de pronto, me encontré al tal Ricky justo frente a mí.

—¿Y tú qué haces aquí?

No estaba solo, lo acompañaban tres de sus amigos, todos con la misma pinta de huelepedos.

—¿Perdón?

—El San Marcos está muy lejos —me dijo—. ¿Te perdiste?

Los cuatro se cargaban una sonrisa de mamones, de esas que dan ganas de borrarla de un madrazo. Pero eso no me importaba en esos momentos, lo que me importaba era no perderla de vista.

—¿Estás sordo? —insistió.

—¿Qué quieres?

—Eso te lo pregunto a ti. ¿Qué quieres aquí?

—A ti qué te importa.

En ese momento me di cuenta de que Elizabeth ya no estaba frente a las escaleras. Traté de buscarla, pero el cuarteto de fresas no me dejó en paz.

—Uy, el chico malo viene con actitud —insistió Ricky.

Entonces le clavé la mirada.

—¿Crees que porque eres del San Marcos vas a venir a intimidar? —me dijo.

—¿Y tú crees que porque vas rodeado de zánganos la vas a hacer conmigo?

Ricky dio dos pasos al frente y se me puso en las narices.

—No necesito a nadie, solito puedo partirte la jeta.

Casi se me escapa una carcajada.

—Tú no puedes ni amarrarte las agujetas solo, güey —le dije—. Y ya, deja de estar jodiendo, que no vine aquí por ti.

—No me digas que vienes a buscar a Elizabeth.

—Y si te lo digo, ¿qué?

Ricky sonrió.

—¿En serio no te das cuenta de que no eres su tipo? Deja tú su tipo, su clase. Si crees que te va a hacer caso, eres más pendejo de lo que pensé. Si sale contigo es para pasar el rato y luego contarles a sus amigas lo ridículo que eres. Eres como un experimento social.

Estaba a dos de soltarle un puñetazo que lo iba a sembrar en el pavimento, si no fuera porque una voz nos interrumpió.

—Ricky, ¿qué haces?

Irene estaba de pie detrás de su hermano.

—Vete de aquí, que esto es cosa de adultos.

—Estamos en la prepa, no mames —dijo Irene—. ¿De qué hablas con «cosas de adultos»?

Me reí alto.

—Ya sé a quién le tocó el cerebro en la familia.

Ricky se puso más rojo que un cerillo encendido. Ahora él era el que estaba a punto de soltarse a golpes, lo supe por el tic en sus ojos y por cómo le temblaron los dedos de las manos.

—Anda, sé que quieres hacerlo —le dije.

Irene se abrió paso entre su hermano y sus amigos y se puso a mi lado. A Ricky no le quedó de otra más que bajarle a su rollo.

—Vuelves otra vez por aquí y te lleva la chingada, cabrón. No estoy bromeando —me dijo a la cara.

Entonces, Ricky y sus amigos se marcharon y me quedé solo con Irene.

—Lo siento —me dijo—. Mi hermano no es malo, es sólo que...

—No te preocupes, yo entiendo —le dije.

—¿Buscas a Eli?

—Sí.

—Ya se fue, toma el transporte del colegio de regreso a su casa. Hace la parada en la esquina de su cuadra. Si te apuras, tal vez la alcances —me sonrió.

Le di las gracias y me despedí.

En otras circunstancias habría subido a mi moto y acelerado para poder interceptarla antes de que llegara a su casa, pero el tal Ricky y sus amigos me pusieron de tan mal humor que me dieron ganas de mejor irme directo a la mía.

Ese día, por primera vez en mucho tiempo, me salté la comida y me fui directo a mi cuarto. Me recosté en la cama y me puse los audífonos a todo volumen.

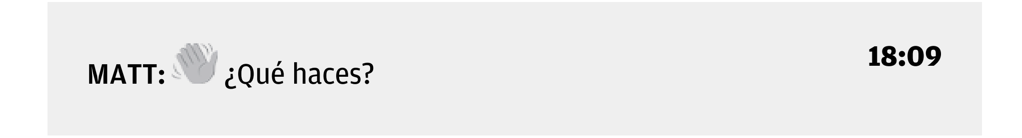
Hubo algo de lo que me dijo el tal Ricky que me dio vueltas y vueltas en la cabeza, y me hizo pensar dos veces si debía llamarla por teléfono. Y es que quizá tenía razón al decir que Elizabeth no podría fijarse en alguien como yo. Por un segundo consideré la posibilidad de que al final sí estuviera jugando conmigo. Y tal vez Irene lo estaba haciendo con Daniel. ¿Por qué otra razón dos chicas como ellas perderían el tiempo saliendo con dos tipos como nosotros?

De pronto me sentí ansioso. Quería tener una respuesta, pero no había manera de hacerlo de inmediato. Ni modo que le hablara a ella para preguntarle. Luego pensé que, si hablaba con Daniel, tal vez entre los dos podíamos llegar a una conclusión. Estuve a punto de hacerlo, pero pronto recordé que había una mejor opción a la que podía recurrir para pedir ayuda.



CAPÍTULO 17

ELLA



Leer el mensaje de Matt me sacó una sonrisa.

Le conté que estaba más aburrida que nunca y entonces comenzamos a platicar. No es que se pueda percibir mucho cuando se conversa en un chat, pero, por alguna razón, lo sentí diferente. Como si estuviera triste.

¿Qué pasa? **18:20**

MATT: ¿Eh? **18:21**

Te siento distinto. ¿Pasó algo? **18:21**

Me costó un par de mensajes lograr convencerlo de que me platicara lo que le sucedía. Se negó en un principio, pero luego, con la pregunta que me hizo, entendí que sus problemas eran de tipo existencial.

MATT: ¿Alguna vez has sentido que te avergüenzas de quién eres? **18:29**

Su pregunta me sacó tanto de onda que me tomó unos segundos digerirla.

MATT: ¿Hiciste algo malo? **18:32**

Le pregunté sin tener idea de qué me iba a contestar.

MATT: No me expliqué bien. No me avergüenzo de mí, o de algo que haya hecho. Pero... **18:33**

Continuó escribiendo, y yo esperando para leer lo que seguía.

MATT: Olvida lo que dije. Mejor cambiemos de tema. **18:34**

Me dejó como final de temporada de mi serie favorita.

Aprovecha que tienes la oportunidad de platicar con alguien que jamás te va a juzgar. **18:34**

Mi mensaje provocó que continuáramos con la conversación.

MATT: Empecé mal. No me avergüenzo de quién soy. Pero, ¿qué pasa si quien eres no es suficiente? **18:35**

¿Suficiente? **18:35**

MATT: Suficiente para alguien más. **18:36**

Tuve que pensar un momento antes de contestar. Y es que su descripción era exactamente como yo me he sentido en ocasiones. A veces pensar las cosas puede ser muy fácil, pero aplicarlo a la realidad te hace titubear.

¿Y tú cómo sabes que no eres suficiente? ¿Ya te lo dijeron? **18:34**

Obviamente asumí que estaba hablando de una chica. ¿De qué más?

MATT: No. **18:34**

Entonces, ¿por qué te sientes así? **18:35**

Ahora fue él quien se tomó un tiempo para contestar.

MATT: No lo sé. **18:36**

A veces creemos que adivinamos lo que la otra persona está pensando, o nos dejamos llevar por lo que dicen los demás. Pero, en mi experiencia, la mayoría de las veces estamos equivocados. Creo que si no te han dado razones para pensar así, no deberías hacerlo. **18:37**

MATT: Pero somos tan diferentes. Diferentes pasados, diferentes presentes. **18:38**

De pronto me vi como la doctora Corazón, aconsejando a Matt para que quedara bien con una chica. Eso me provocó sentimientos encontrados. Por un lado me sentía bien al poder ayudarlo. Por otro sentía, si se puede decir así, una especie de celos al saber que estaba interesado en alguien más. Pero, ¿por qué estaba sintiendo eso si ni siquiera nos habíamos conocido en persona? Tampoco habíamos hablado nunca en un plan romántico, ni mucho menos.

Tal vez sólo creas que son diferentes, pero en realidad no es así. **18:38**

MATT: Sí, sí somos diferentes. **18:39**

Casi podía jurar que estaba exagerando las cosas.

Tal vez ella no lo ve así. ¿Cómo son diferentes? **18:40**

MATT: No quiero que suene a drama de telenovela, pero, para empezar, su círculo social es diferente del mío. **18:40**


¿Y eso qué? **18:41**

MATT: ¿No te parece algo importante? **18:42**

Dime algo, ¿malabareas pelotitas en los semáforos? **18:43**

MATT:  No, claro que no. La cosa no es tan trágica. **18:44**

¿Ella vive en un palacio con torres, carruajes y esas cosas? **18:44**

MATT: No. **18:44**

Entonces las diferencias están en tu cabeza. **18:45**

MATT: ¿Estás diciendo que me deje de cosas y me arriesgue a dar el paso? **18:45**

Estoy diciendo que, para algunas cosas, las mujeres no somos tan complicadas como creen los chicos. Si hay alguien que nos interesa, hacemos a un lado los prejuicios y aceptamos cualquier propuesta que venga de su parte. Además de eso somos muy evidentes cuando nos gusta alguien. Las señales son muy claras, al menos hablo por mí. Si pones atención, te vas a dar cuenta. **18:46**

MATT: ¿De qué hablas? **18:47**

Cuando estés con ella, fíjate en sus manos. Si juega con ellas, es que está nerviosa. O tal vez no nerviosa, pero sí algo como ansiosa. Esa es una clara señal de que tu presencia le provoca algo. Fíjate también si se arregla el cabello más de una vez. Si le interesas, querrá lucir su mejor lado, y el cabello es parte importante para eso. **18:47**

MATT: Siempre había pensado que esas cosas eran una tontería. **18:48**

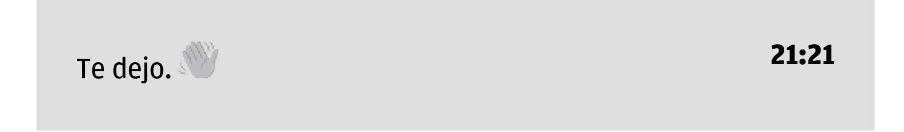
Ja, ja, ja. Todo tiene un porqué. **18:48**

La plática continuó durante un buen rato. Se había vuelto tan habitual hablar con él que sentía una conexión especial que jamás había tenido con nadie.

Bueno, tal vez con Irene, pero, aun así, nuestra conexión es diferente. Platicamos tan a gusto que, para cuando me di cuenta, habían pasado horas.

😱 ¿Ya viste la hora? No manches, mañana tengo examen y no he estudiado nada. **21:20**

MATT: Órale, cómo se nos fue el tiempo. Esta vez sí nos pasamos, ja, ja. **21:20**



MATT: Chao, bonita. **21:21**

CAPÍTULO 18

ÉL



Habían pasado dos semanas desde la última vez que me encontré con Elizabeth. Oportunidades para verla no me habían faltado, con eso de que Daniel ya casi vive en la casa de Irene. Tampoco me decidí a hablarle por teléfono o a buscarla en el chat. Ahora que lo pienso, no puedo recordar una razón en específico para no haberla buscado.

Ese día fui a la plaza Arboleda. Acababan de abrir una sucursal de Harley Davidson que estaba contratando personal y justo estaba buscando una oportunidad de trabajo para cuando empezara el verano. Caminando por la plaza me entró la manía de observar a todas las chicas e imaginarme cuál podría ser Fabiola, con eso de que se pasaba las tardes en ese lugar. Fue cuando pasé justo frente a Zara que me topé, casi de golpe, con Elizabeth.

En el momento en que nuestras miradas chocaron me di cuenta de su cara de sorpresa.

—¿Alex?

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, también.

Se veía más hermosa que nunca, sonrojada y con los labios sutilmente retocados de rojo. Percibí un ligero olor a chicle de menta. Entonces me quedó claro que había sido una tontería no haberle hablado en todo este tiempo.

—¿Qué haces por aquí? —me dijo.

Le platiqué mis intenciones de encontrar un trabajo para el verano, de preferencia en la tienda de motocicletas.

—Pagan bien, y además me deja tiempo libre.

—Qué padre —me dijo—. Y más porque estarías trabajando en lo que te gusta.

—Y tú, ¿qué haces por aquí?

Me platicó que estaba allí para recoger un vestido que había ordenado en línea. Era el vestido que planeaba utilizar para el baile de fin de curso.

—Todavía faltan unas semanas, pero no está de más ser precavida. Si acaso no me termina de gustar, lo devuelvo y pido otro, y ya está.

—Eres una chica con un plan —le sonreí.

—Como cualquier chica de nuestros tiempos.

En mi cabeza no dejaba de dar vueltas la pregunta de a quién habría invitado a su fiesta de fin de curso, si es que ya lo había hecho. A Daniel ya lo había invitado Irene. Aunque, bueno, no se puede comparar, porque ellos ya andan oficialmente y no se despegan ni para ir al baño.

—Nunca recibí tu mensaje —me dijo de pronto. Lo hizo en un tono amable y juguetón, pero que traía cierta intención.

No puedo negar que me sacó completamente de onda.

—¿Cuál mensaje?

—El que dijiste que me ibas a mandar para compartirme tu número cuando te di el mío, afuera de mi casa.

Qué extraño, pensé. Si mal no recuerdo, ese día le envié un saludo y ella me lo regresó. Estoy seguro.

—Claro que sí —le dije, y saqué mi teléfono para comprobarlo.

—No te preocupes, no tienes que enseñármelo. Tal vez no lo vi... —Sonrió.

—Pero es que estoy seguro de que...

—Pues envíalo de nuevo y ya está —me dijo—. Te dejo, me tengo que ir, mamá me está esperando en el coche. Fue un gusto saludarte.

Entonces se dio media vuelta y se fue. La seguí con la mirada hasta que se perdió entre la gente.

Con mi teléfono en mano comencé a buscar por mi lista de mensajes en WhatsApp, para al menos comprobar que no andaba tan mal de la memoria y sí le había compartido mi número. Mientras lo hacía me llamó la atención que, frente a mí, a unos veinte metros, en una tienda de videojuegos, estaba

el tal Ricky, acompañado de los mismos tres idiotas que me abordaron afuera de la escuela.

Comencé a observarlos. Unos segundos después pude darme cuenta de que Ricky y su banda estaban tratando de robarse un par de juegos de Xbox. Me pareció algo verdaderamente tonto, pues estoy seguro de que ninguno de ellos necesita robarse nada y que, de quererlo, podrían pagarse cualquier cosa que hubiera en esa tienda.

Su estrategia no era ni siquiera la más inteligente que digamos. Mientras uno de ellos distraía al que atendía la tienda preguntando cualquier tontería, otros dos se intercambiaban el botín para después dárselo al tal Ricky, quien, a su vez, lo guardaba dentro de su playera, no sin antes, claro, quitarle la alarma con una especie de desarmador que traía consigo. Era tan mala su estrategia que parecía como si quisieran que los descubrieran en el acto. Me sorprendió que Ricky ya llevara dos juegos debajo de su playera y el encargado ni enterado. Entonces decidí que tal vez era buena idea visitar la tienda para ver qué estrenos había.

—Disculpe, ¿cuál es la diferencia entre un juego nuevo y uno usado? —dije en voz alta. El encargado, Ricky y los otros tres me miraron de inmediato.

En el momento en que Ricky me reconoció supo cuáles eran mis intenciones. Lo noté porque se puso nervioso y trató de regresar los juegos a su lugar. Pero ya no pudo hacerlo porque el encargado se acercó para responder mi pregunta.

—Los juegos usados tienen garantía de una semana. Cualquier falla o defecto se lo cambiamos por otro. Sólo tiene que enseñar el ticket de compra.

—Muchas gracias —le dije.

A Ricky sólo le faltó que le saliera humo por la cabeza de lo encabronado que estaba. No me apartó la vista ni durante medio segundo. Entonces hice mi travesura.

—Oye, amigo, ¿qué traes allí? —señalé a Ricky. Lo hice mientras el encargado lo miraba.

—No sé de qué me hablas —dijo Ricky.

—Ese bulto, debajo de tu playera.

Ricky se puso tan nervioso que el encargado, a pesar de que era un poco distraído, abrió aún más los ojos y se acercó inmediatamente.

—¿Podría levantarse la camiseta por favor?

—¿Yo, por qué? —dijo Ricky, sin quitarme la mirada de encima.

En ese preciso momento, y para mi diversión, pasó un vigilante de la plaza.

—¡Seguridad! —gritó el vendedor de videojuegos.

—¡Que no traigo nada! —dijo Ricky, furioso.

El encargado sintió confianza después de que el guardia entró a la tienda y se estiró para levantarle la camisa a Ricky. Yo había visto mal, no tenía dos juegos allí, sino cuatro.

—¡Chinga a tu madre! —me dijo y se abalanzó contra mí. Pero no alcanzó a dar ni un paso antes de que el vigilante lo tirara al suelo con una tacleada.

Sus amigos se hicieron los desentendidos y salieron de la tienda para evitar que los tacharan de lo que eran: cómplices.

—No estaba robando, los estaba juntando para pasar a la caja a pagar —contestó Ricky, mientras yacía boca abajo, en el suelo.

—¿Y entonces por qué no traen el plástico de la alarma? —dijo el encargado.

Con eso se cerró la investigación.

—Voy a hablarle a la policía —amenazó el guardia.

—No mames, no estaba robando —Ricky continuó.

En el momento en que pudo levantar la mirada hizo contacto conmigo. Yo le sonreí y me despedí de él con una seña.

—Te va a llevar la chingada, te lo juro —me dijo entre dientes.

Con esa nota abandoné la tienda. La sonrisa ya no me cabía en la cara. La escena fue tan gratificante que lo único que hubiera podido superarla sería que Daniel hubiera estado conmigo para disfrutarlo. Estoy seguro de que se habría carcajeado de lo lindo.

A la salida de la tienda me topé con los amigos de Ricky. Los tres me miraron con ojos de sentencia, amenazándome con las pupilas. De ellos me despedí con la misma seña.



CAPÍTULO 19

ELLA

Después de probarme el vestido otra vez, modelarlo frente al espejo de mi recámara, como si el de la tienda no hubiera sido suficiente, y tomarme varias *selfies* desde todos los ángulos posibles, lo colgué en mi clóset, apartado de todo para que no se fuera a arrugar. Era tan lindo.

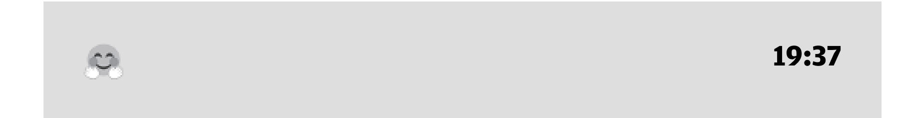
Esa misma tarde me habló Irene para contarme lo que Alex le hizo a su hermano Ricky. Ella estaba molesta, claro. En todo momento acusó a Alex de ser un ingrato, de pasarse de la raya. Ya me había contado lo que había pasado afuera de la prepa, cuando Alex había ido a buscarme, pero eso para ella no era excusa suficiente como para actuar de esa manera contra su hermano. No pude evitar sentir algo muy cercano a la euforia cuando escuché todos los detalles. Y es que, según Irene, sus papás tuvieron que ir hasta la delegación para evitar que a Ricky lo ficharan por robo.

Me habría encantado ser testigo.

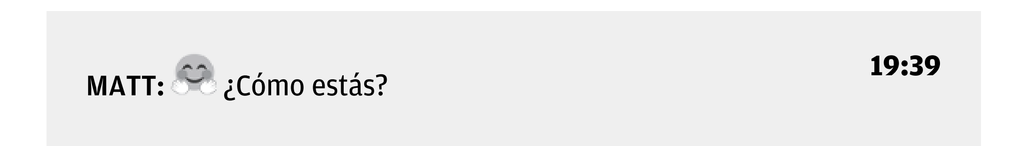
Me dijo que Ricky estaba furioso y que había jurado vengarse de Alex. Obviamente, al primero que se lo contó fue a Daniel, para que le advirtiera a su amigo que se anduviera con cuidado. También me dijo que no se me fuera a ocurrir invitarlo a la fiesta de fin de curso, que Alex no era más que un tipo problemático. Yo le dije que aún no decidía a quién invitar.

De pronto me agobió el factor prisas. Y es que hasta ese momento no había considerado la idea de que al baile había que llevar pareja. Había pensado en todo menos en eso. Y no es como que podía invitar a alguien del salón, porque de todos los chicos de mi clase no se hace uno. Normalmente, lo que hacen las chicas de primero de prepa es invitar a chicos de tercero del mismo colegio. Yo no conocía a nadie de ese año, con excepción de Ricky y sus amigos, y en ese caso prefería saltar de un puente antes que caer tan bajo.

Entonces me dieron ganas de olvidarme de todo y mejor pasar el tiempo en algo más entretenido.



Se me vinieron tantas cosas a la cabeza, incluyendo la idea de considerarlo como una opción para invitarlo al baile. Me gustaba pensar que, de no existir el anonimato entre los dos, Matt podría ser el chico perfecto para mí. Aunque no fuera tan guapo como Alex.



Como de costumbre, Matt y yo comenzamos a platicar de todo y nada a la vez. Cualquier tema, por más tonto que fuera, se nos podía extender por varios minutos. Entonces, sin decir agua va, me sorprendió con una pregunta que la sentí hasta la planta de los pies.

MATT: ¿No crees que ya es tiempo de conocernos en persona? **20:26**

No contesté de inmediato. Esperé a que él volviera a escribir un mensaje confirmando que la pregunta había sido un juego.

MATT: Lo digo en serio. Después de todo este tiempo ya no veo razón para seguir dándole largas. Eres de las personas más interesantes que no conozco. **20:27**

Solté una carcajada.

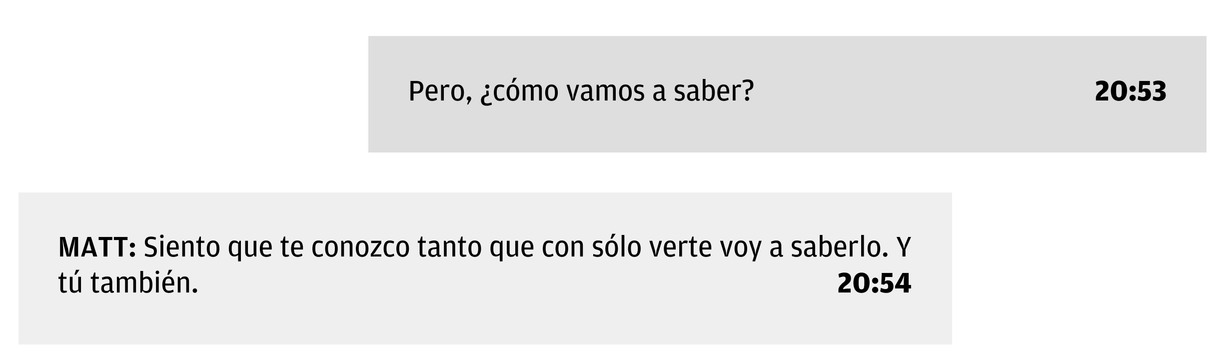
Sentí un ansia en los dedos por contestarle inmediatamente. La verdad es que tenía tantas ganas de conocerlo que nada más estaba esperando a que me lo preguntara en serio. Aplazar nuestro encuentro ya no tenía sentido.

Me encantaría. **20:30**

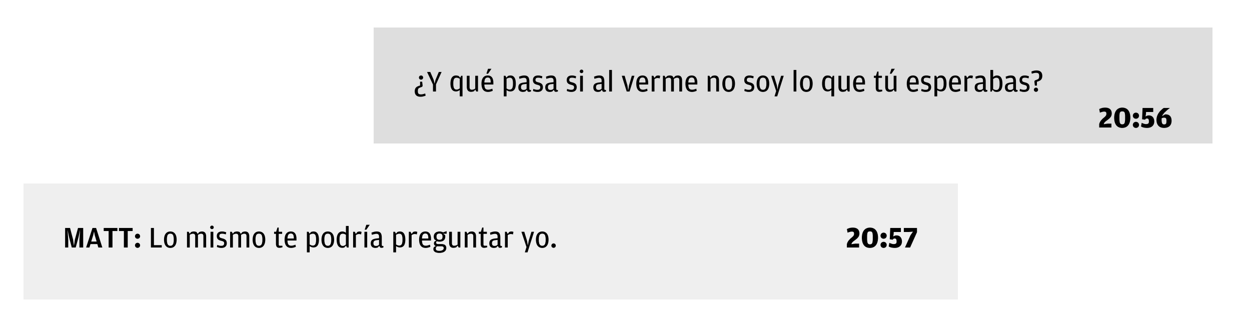
MATT: ¿Lo dices en serio? **20:30**

Sí. **20:30**

Entonces nos pusimos de acuerdo para vernos el viernes por la tarde en la plaza Arboleda, en el área de comida. Cuando le pregunté cómo podría distinguirlo de entre la gente, me dijo que no me preocupara.



Yo no estaba tan de acuerdo con su teoría, porque, por más que me lo había imaginado todo este tiempo detrás del chat, la verdad era que no tenía idea de cómo podía ser en realidad.



Para evitar una situación incómoda decidimos hacer un pacto. Acordamos que él llevaría una gorra de su equipo de beisbol favorito y yo mi libro preferido. De esa manera no habría ninguna duda.

CAPÍTULO 20

ÉL



Daniel me habló para contarme lo que había sucedido con el hermano de su novia. Me dijo que había sido todo un escándalo y que sabía que Ricky y sus amigos me andaban buscando para cobrármela. La cosa no sería para preocuparse si no supiera de sus intenciones de agarrarme en montón. Le dije que el tal Ricky me tenía sin cuidado.

Me preocupaba más saber si me iban a dar el puesto en la tienda de motocicletas de plaza Arboleda. Mis ahorros del verano pasado ya habían desaparecido y los siguientes dos meses eran la oportunidad perfecta para rellenar el cochinito. Dos meses enteros de ingresos sin tener ningún gasto considerable pueden caer bastante bien.

Además, si algo me tenía ansioso, era el encuentro con Fabiola para ese mismo viernes. Cruzaron por mi cabeza todos los escenarios posibles, desde que no llegara a la cita hasta que resultara ser alguien completamente diferente a como me la había imaginado. Si tan sólo físicamente pudiera parecerse a Elizabeth, las cosas serían perfectas.

Y hablando de Elizabeth, la verdad era que no podía encontrar un motivo suficiente para no invitarla a salir. Me gusta, y estoy seguro de que yo también le gusto. Además la pasamos fenomenal el día de la doble cita. Por eso decidí que iría a visitarla al día siguiente, a la salida de la escuela.

Igual que la vez anterior, la encontré justo debajo de las escaleras. Cargaba su mochila al hombro y traía una cola de caballo. Comenzó a caminar por la banqueta hacia la parada del transporte y fue allí donde me acerqué para interceptarla.

Me recibió con una sonrisa, de esas que le salen muy bien. La luz del sol le daba directamente en la cara y hacía que el verde de sus ojos se marcara

con más intensidad.

—¡Hola!

—¿Qué haces aquí? —levantó la ceja izquierda. Estaba impresionado, se veía tan sexy.

—¿Te llevo a tu casa?

Por un segundo miró el transporte y lo desechó de inmediato.

—Va.

Miré alrededor sólo para descartar la posibilidad de que Ricky estuviera cerca y pudiera arruinarme la tarde con una emboscada. No lo encontré por ningún lado.

Llegamos hasta mi motocicleta y le ofrecí el casco, igual que la vez anterior.

—Lista —dijo, después de que se lo aseguró.

La levanté por la cintura y la senté en la parte trasera del asiento.

—No tenemos que ir directo a casa si no quieres —le dije.

—¿Qué tienes en mente?

—No sé, podemos dar un paseo.

Lo pensó por un momento.

—Me parece buena idea.

Nos pasamos la tarde recorriendo las calles del centro de la ciudad. He pasado por allí infinidad de veces, pero nunca las había apreciado como en esos momentos. Nos detuvimos en la plaza Magna, justo frente a la fuente de las Garzas. Allí nos sentamos, con los pantalones arremangados mientras meneábamos los pies descalzos en el agua.

Frente a nosotros pasó el Elotero Cantador, un hombre que es famoso porque canta mientras te prepara un elote en vaso. Canta la que le pidas y, si no se la sabe, la inventa. Ese hombre es toda una tradición, lleva más de veinte años en el mismo lugar. Nos cantó una canción que jamás había escuchado y que estoy seguro de que se la sacó de la manga; se llamaba «Los tórtolos». No sé a quién le dio más vergüenza, si a Elizabeth o a mí.

Después de la serenata improvisada caminamos un rato por la explanada. Conversamos tan a gusto que se nos pasó el tiempo en un abrir y cerrar de ojos, y para cuando nos dimos cuenta ya eran las seis de la tarde.

Elizabeth me pidió que metiera el acelerador de regreso a su casa y así lo hice.

Se bajó de la moto de un brinco y se apresuró hacia la puerta. Fui detrás de ella y la alcancé antes de que llegara al porche.

—¿Qué vas a hacer mañana por la noche?

Se sorprendió con mi pregunta.

—¿Mañana jueves?

—Sí.

—Nada. Estudiar para los finales. ¿Por?

—Quiero que me acompañes a un lugar.

Miró hacia la puerta, como si supiera que alguien la observaba desde allí. Luego me miró directamente a los ojos.

—¿A dónde?

—Es un lugar muy especial para mí. Un lugar que me gustaría que conocieras conmigo.

—No tengo permiso para salir entre semana —se encogió de hombros y agachó la mirada.

—¿Y qué pasa si te escapas?

—Este lugar debe ser muy, muy especial —me sonrió.

—Es mi lugar favorito en todo el mundo.

—No puedo escaparme, eso es imposible —contestó con una ligera sonrisa—. Pero lo que sí puedo hacer es convencer a mi mamá de que me deje salir, con la promesa de regresar temprano.

—Si paso por ti a las ocho, te puedo traer de regreso para las once y media. ¿Te parece?

—Suena muy bien. Me da más poder de negociación.

—Entonces..., ¿es una cita?

—Sí, es una cita.

Yo quería pegar de brincos.

—Muy bien. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana —asintió.

—Chao, bonita.

De pronto, la cara se le puso blanca.

—¿Qué dijiste?

Me dejó confundido.

—¿Que... nos vemos mañana?

—No, eso no. Lo otro.

—¿Chao, bonita?

—¡Sí, eso! ¿Por qué dijiste eso?

Su pregunta me sacó tanto de onda que no encontré la razón para su reacción.

—No entiendo...

—¿Por qué usaste esas palabras? —insistió.

—No lo sé, simplemente se me ocurrió. ¿Por qué me lo preguntas?

Se me quedó mirando como si yo tuviera pulgas bailándome en la cara y luego, después de unos segundos de permanecer en un trance instantáneo, volvió a la normalidad.

—No, por nada —me dijo, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Olvídalo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.



CAPÍTULO 21

ELLA

Cerré la puerta detrás de mí y me recargué en ella por unos segundos. «Debe ser una casualidad —pensé—. Mucha gente usa las mismas frases. Además, no es como si fuera algo distintivo de alguien en particular. ¿O sí?».

Después de calcular las probabilidades me di cuenta de que mi cabeza estaba jugando conmigo y que de ninguna manera había relación entre... ellos.

Sería más probable ganarse la lotería. Imposible.

Esa tarde recibí un mensaje de WhatsApp de un número desconocido. Un saludo simple. No le presté atención hasta que volví a recibir la alerta. Entonces me llevé la mala sorpresa de que Irene le había compartido mi número a su hermano Ricky.

Qué tragedia.

No importa qué tan elocuente o simpático uno pueda ser, cuando alguien te cae mal, no hay manera de verlo diferente. Ricky intentó entablar una conversación hasta cierto punto decente, pero yo le puse menos atención que a un anuncio político. Al final me preguntó si ya tenía a quién invitar a la fiesta de fin de curso y me aclaró que, si yo aún no tenía a nadie, él podía acompañarme encantado de la vida. Primero me quedaba sin ir al baile que invitarlo a él. Claro, no se lo dije.

En lugar de eso, le agradecí la oferta, pero le dije que ya tenía con quién ir, aunque eso obviamente era mentira. Lo primero que hizo fue preguntarme el nombre de mi invitado, pero me negué rotundamente a contestar. De inmediato trató de adivinar y me preguntó si Alex —a quien llamó *naco*, *idiota* y demás cosas— era el afortunado. Insistí en que no le iba a revelar nada y fue hasta entonces que se cansó y dejó de escribirme.

Gracias al Cielo.

Al siguiente día, en el colegio, Ricky se me acercó durante el segundo descanso. Su actitud era diferente, era obvio que estaba aplicando esa técnica que todos utilizamos cuando queremos mostrar un lado de nosotros mismos que no dice cómo somos en realidad. Al parecer se le olvidó que lo conozco desde que yo tenía diez años y que sé cómo actúa en la vida real.

—¿Por qué no me quieres decir a quién invitaste?

—No tengo por qué decírtelo.

Entonces, en un breve momento de desesperación, salió su verdadero yo.

—Sí sabes que todas las chicas de tu grado se mueren por invitarme, ¿verdad?

—No, no lo sabía —le dije.

—Entonces, ¿por qué te haces del rogar?

—No me hago del rogar. De hecho, todo lo contrario, preferiría que no me ruegues y que me dejes en paz.

Pude ver cómo en cuestión de segundos su rostro se puso rojo del coraje.

—Pues te lo advierto —peló los dientes—. Si lo invitas, le voy a dar una paliza que nunca se le va a olvidar. Me la debe, y me la voy a cobrar.

A palabras necias, oídos sordos. Me limité a escucharlo.

Ya que se fue me puse a pensar en lo que había dicho. Ricky puede ser tan tonto que en una de esas sí cumple sus amenazas. Pero me estaba adelantando, la verdad era que aún no decidía a quién invitar al baile y no lo haría sino hasta después del fin de semana, una vez que hubiera conocido a Matt en persona. En una de esas era tan guapo como Alex y me dejaría sin ninguna opción.

Irene llegó minutos después para preguntarme qué me había dicho su hermano.

—No le hagas caso —me dijo—. Invita a quien tú quieras.

—¿Ya no piensas que es mala idea invitar a Alex?

Irene me dijo que, por todo lo que le había platicado Daniel, Alex era prácticamente san Martín de Porres, un tipazo.

—Además, si Alex te mueve el tapete, no veo por qué no aprovechar esta oportunidad. La fiesta de fin de curso es una vez al año.

—Yo aún no estoy segura.

Irene abrió los ojos del tamaño de dos balones de futbol.

—¿Segura de qué? —casi grita—. ¿Hay alguien más?

Bajé la mirada, tratando de no cruzarla con la suya.

—¡Maldita perra! —rio—. ¿Qué no me has dicho que debería saber?

—Nada.

—¿Entonces?

Evalué por unos segundos si debía contarle o no acerca de Matt. Irene ha sido mi confidente desde que tengo memoria, pero, no sé, por alguna razón hasta ese momento no le había dicho nada de mi amigo anónimo. Tal vez tenía miedo de que, si le decía, me iba a tachar de tonta. ¿Quién más establece una relación anónima con un tipo que se equivoca de número, una noche, a las dos de la mañana?

Irene insistió tanto que me preparé para platicárselo todo. Pero justo cuando comencé, sonó el timbre del fin del descanso y todo quedó en suspenso.

—De esta no te salvas, al rato me lo cuentas todo, hasta el último detalle.

A mí se me escapó una carcajada y dije que sí para que pudiera regresar al salón tranquila.

CAPÍTULO 22

ÉL



Salí de mi casa justo diez minutos antes de la hora a la que había quedado de pasar por ella. Me detuve frente a su casa, al otro lado de la calle, y permanecí allí por unos segundos mientras me arreglaba el cuello de la camisa. Luego caminé hasta su puerta, nervioso. Esperé a que el reloj marcara las ocho en punto antes de tocar el timbre.

Me recibió una señora elegante, con porte distinguido.

—Buenas noches —me dijo—. Tú debes ser Alex.

—Sí, señora.

—Pasa —se hizo a un lado para abrirme camino—. Elizabeth no tarda en bajar.

La esperé en el recibidor. Segundos después apareció su papá. Se cruzó de un lado al otro por el pasillo, pero en ningún momento volteó para saludarme.

—No le hagas caso —me dijo la señora, de buen humor—. Se va a tener que empezar a acostumbrar a esto.

Entonces escuché los pasos que bajaban por las escaleras. Alcé la mirada y fue cuando mis ojos se toparon con ella. Se veía más hermosa que nunca, si eso era posible. Traía un vestido de seda gris oscuro que le llegaba hasta las rodillas. Su cabello suelto, lacio, igual de brillante que su vestido, le cubría los hombros. Lucía deslumbrante.

—Hola —me dijo, y cuando escuché su voz sentí que se me iba el aliento.

—Te ves... muy guapa —le dije, consciente de que me había quedado corto.

—Gracias.

—¿Ya me puedes decir a dónde vamos?

—Si te lo digo, te arruino la sorpresa. Quiero que lo veas con tus propios ojos —contesté.

—Ni un segundo más tarde de las once y media, chicos —sentenció su madre.

—Ni uno solo, señora. No se preocupe.

—Que se diviertan.



La fila para entrar al Grayskull llegaba hasta media cuadra; los jueves son los días más concurridos. Así que aproveché mis contactos y entramos por la puerta del callejón trasero. En cuanto me vio, Thor me dio un abrazo, como siempre lo hace.

—¿Quién es esta princesa? —dijo, asombrado al ver a Elizabeth.

—Mucho gusto —ella sonrió, sonrojada.

Thor le besó la mano, reafirmando que la chica frente él, en su opinión, era de la realeza. Luego sacó de la bolsa de su saco una tarjeta y se la entregó.

—Este es mi número personal. No dude en llamarme si alguna vez necesita algo, lo que sea. ¿Estamos?

Elizabeth me miró, sonriendo. Luego asintió, aceptando la amistad de Thor.

—Con una condición —le dijo.

—La que usted diga.

—Que nunca jamás me vuelvas a hablar de usted.

—Hecho. —Thor sonrió y luego nos cedió el paso—. Que se diviertan.

Desde allí escuchamos el dulce sonido de un solo de guitarra eléctrica.

—¿Qué te parece? —le pregunté cuando cruzamos por el área principal, donde había una especie de tarima que servía para estar cerca de las bandas que tocan en el escenario.

—Es... diferente. —Miró alrededor, curiosa—. ¿Qué es lo que te gusta tanto de aquí?

—La música.

Ella me miró con una media sonrisa.

—¿Eso es todo?

—Cuando vengo a este lugar me siento libre, como si el mundo fuera de estas paredes no existiera.

—Debo admitir que no suena mal —asintió al ritmo de la melodía.

La tomé de la mano y la llevé hasta nuestra mesa, la misma que Daniel y yo ocupamos cada vez que visitamos el lugar. De inmediato llegó Armando, el mesero que normalmente atiende esa área, a preguntarnos qué queríamos de tomar.

—¿Tiene limonada natural?

Armando la miró como si esperara que su solicitud fuera una broma. Creo que jamás, en la historia del Grayskull, alguien había pedido una limonada.

—Dos limonadas naturales, por favor —le dije.

—Enseguida, mi Alex —respondió Armando.

Yo no soy penoso. Tampoco soy cohibido. Pero, por alguna razón, al estar frente a ella se me complicaba hilar las palabras. Eso nunca me había pasado con ninguna chica. Tampoco había estado antes en esta situación, me refiero a estar frente a una chica como Elizabeth. Por suerte, en este tipo de lugares no hace falta conversar tanto, de hecho hasta es difícil.

La siguiente banda subió al escenario. Tiempo Perdido, un grupo de chavos que llevan juntos varios años y tocan *covers* como si hubieran nacido para ello. De esas bandas que cuando aprendan a componer sus propias canciones serán un éxito rotundo.

—Qué bien tocan —dijo mientras los observaba.

Mi atención, en esos momentos, estaba en otra cosa. Mis ojos permanecían clavados en la textura de su mano que descansaba sobre la mesa.

Ahora que lo recuerdo, no sé exactamente cómo sucedió o en qué momento exactamente, pero lo siguiente fue que ella tomó mi mano y la sostuvo mientras continuamos disfrutando el concierto.

En ese momento supe que podía quedarme así toda la vida.



CAPÍTULO 23

ELLA

Tomé su mano porque quería dejarle en claro lo que sentía en esos momentos. Y porque supe que si no lo hacía yo, él jamás lo hubiera hecho.

Nuestras manos embonaron como piezas de Lego.

Entrar a su mundo me pareció fantástico, pues conocí un lado de él que disfruté muchísimo. Es apasionado con sus gustos y eso lo hace ser auténtico. Eso sí, a diferencia de la primera vez que salimos, en esta ocasión lo noté un poco más callado. O tal vez estoy exagerando y fue el lugar lo que nos impidió platicar de la misma forma que la vez pasada. De todos modos, en ese momento supe que era él, y sólo él, a quien quería a mi lado el día de la fiesta de fin de curso.

Muy a mi pesar acabamos la noche temprano. Y es que, contrario a lo que hubiera imaginado, fue él quien insistió en que no debíamos pasarnos de la hora de llegada, ya que se había comprometido con mamá.

Cuando me encaminó hasta la puerta, supe que era el momento indicado para hacerlo.

—Me la pasé superbién —le dije.

—Yo también. Gracias por acompañarme.

Sin darnos cuenta nos sujetábamos con ambas manos.

Entonces lo hice.

—Dentro de dos semanas es la fiesta de fin de curso y quería saber si te gustaría acompañarme —le dije—. Es una cena-baile en el salón del hotel Intercontinental.

Aun cuando sabía cuál sería su respuesta, sentí un poco de nervios cuando le pregunté.

—Me encantaría —dijo mirándome a los ojos.

Sentí que nuestros cuerpos se acercaron uno al otro, impulsados por la mismísima ley de la gravedad. Llegamos tan cerca que sentí su respiración en mis labios. Si no fuera por la luz de la entrada que se encendió de pronto, estoy segura de que esa hubiera sido la noche de mi primer beso.

Me fui silbando todo el camino hacia mi recámara, cuidando, claro, de no hacerlo tan alto para no molestar. Estaba más contenta que nunca, además de convencida de que había tomado la decisión correcta sobre a quién invitar a la fiesta. Alex era, sin duda, el chico que quería a mi lado en un momento como ese.

Decidí que, por respeto a nuestra amistad cibernética, no cancelaría mi encuentro del viernes con Matt. Además, aún tenía mucha curiosidad de conocerlo en persona, esa no se me iba a quitar. Al evaluar la situación me pareció que no estaría haciendo nada malo, a fin de cuentas éramos amigos. Y aunque en algún momento habíamos intercambiado frases y palabras que podrían hacer referencia a otro tipo de interés entre los dos, la verdad es que, al menos de mi parte, ese interés dejó de existir después de mi última cita con Alex.

Al día siguiente, durante el receso, le conté a Irene todo sobre mi noche. Ella estaba feliz por mí, además le encantaba la idea de que Daniel y Alex fueran mejores amigos. Eso da pie a infinitas posibilidades a la hora de salir y planear viajes juntos y esas cosas.

Aproveché los diez minutos restantes del descanso para contarle, ahora sí, todo acerca de mi amistad por mensajes con Matt.

—¿Por eso dudabas a quién invitar? —me preguntó con un tono de regaño.

Bajé la mirada.

Lo que siguió después fue el sermón más predecible que me podía haber esperado. Me cuestionó que cómo podía estar segura de que la persona detrás del chat en realidad era un chico de dieciocho años que se llamaba como dice, y que si sabía del riesgo que implicaba haber aceptado conocerlo en persona.

—Sí sabes que el mundo está lleno de psicópatas, ¿verdad? —agregó.

La cosa se puso peor cuando le platiqué de mis intenciones de honrar la cita.

—¿Para qué quieres verte con ese güey? —me preguntó—. No creo que a Alex le haga mucha gracia que tengas una cita con un desconocido.

—Alex y yo no somos novios, no tiene por qué molestarse.

—¿Y si fuera al revés y fuera él quien se viera con una chica? ¿Te molestaría?

No voy a negarlo, sentí náuseas sólo de imaginármelo.

—Eso no importa —le dije—. Mis intenciones con Matt no son lo que te imaginas. Es buena persona y no me gustaría dejarlo plantado así como así, sin darle ninguna explicación.

—No tienes que dejarlo plantado, puedes mandarle un mensaje y decirle cualquier excusa.

Irene tenía razón. Y tal vez ella, con lo fría que puede llegar a ser, podía hacerlo con la mano en la cintura. Pero yo no, a mí me agobiaba la pena de quedarle mal a alguien con quien había platicado de mil cosas en los últimos meses. Matt no era cualquier persona, se había ganado mi amistad y no se merecía un trato menor que eso.

—Lo voy a ver, sólo para decirle que ya no puedo seguir platicando con él.

—Pues lo único que te puedo decir es que ojalá y Alex no se entere nunca.

CAPÍTULO 24

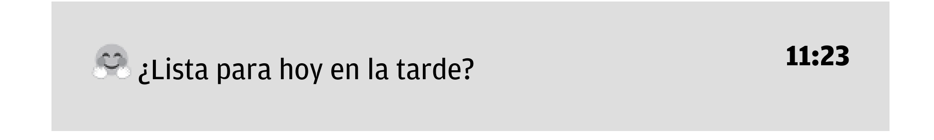
ÉL



Me pasé toda la tarde pensando en cuál sería la mejor manera de cancelar la cita con Fabiola sin que se lo tomara a mal. Traté de verlo desde todos los puntos de vista posibles, pero no encontré una razón suficiente como para hacerle eso a Elizabeth. Y aunque me moría de curiosidad por conocer a la persona detrás del chat, me interesaba más dejarle en claro que nuestras pláticas debían terminar.

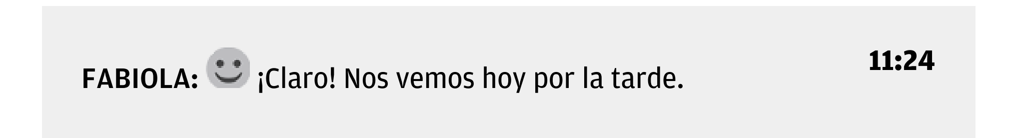
Al final decidí que la mejor manera de hacerlo sería en persona.

Ese mismo viernes a media mañana le mandé un mensaje para confirmar el encuentro.



Me hubiera gustado que me cancelara con cualquier excusa. Que se le murió su perro. Que se enfermó de varicela. O mejor algo menos trágico, que se fue de vacaciones a Europa y se le olvidó avisarme.

Nada de eso.



Sentí una punzada en el estómago con sólo pensar que tenía que platicar de esto con Elizabeth en algún momento. Claro que lo mejor sería hacerlo después, ya que todo hubiera terminado.

Ya iba rumbo a la plaza Arboleda, pero tuve que regresar a casa por mi gorra de los Dodgers de Los Ángeles, pues habíamos quedado que la usaría para que me reconociera. Ese pequeño contratiempo, me hizo llegar no más de diez minutos tarde.

Caminé por la plaza rumbo al área de comida. Hice una breve parada en el local de motocicletas para preguntar si ya habían contratado a alguien, con eso de que no había recibido noticias de ellos. El que estaba como encargado me dijo que aún no tomaban la decisión, pero que sería pronto.

Entonces acepté mi realidad y me preparé para lo inevitable. Fue al acercarme que me llevé una sorpresa. Sentí una ligera punzada en el pecho y que el estómago me daba vueltas. ¿Cuáles son las probabilidades de que esa misma tarde, a esa misma hora, Elizabeth esté en el mismo lugar donde me quedé de ver con Fabiola?

«Vaya suerte la mía», pensé, y pronto traté de resolver en mi mente cómo reaccionaría en caso de que me viera. Mi primer instinto fue quitarme la gorra de la cabeza, para evitar que por algún otro lado saliera Fabiola y me reconociera. Pero eso no era suficiente. Me tenía que inventar algo, ¿pero qué?

Pronto me di cuenta de que no me tendría que inventar nada.

Al observar a Elizabeth a la distancia me di cuenta de que traía entre sus manos un libro. Fue en ese instante que comencé a sudar frío y a sentir que la sangre de mi cabeza se me iba a los pies. Traté de analizar la situación, una y otra vez, recordando todos los mensajes que nos escribimos y las conversaciones que tuvimos. Con todo eso, jamás hubiera imaginado, ni en mi mayor fantasía, que Elizabeth y Fabiola fueran la misma persona.

Pronto caí en cuenta de algo que me hizo volver a pensar todo. Y es que, si ambas eran la misma persona, entonces el hermano de Irene tenía razón cuando me dijo que Elizabeth sólo estaba jugando conmigo. ¿Por qué otra razón me invitó a la fiesta de fin de curso si planeaba al día siguiente encontrarse con alguien con quien ha coqueteado por chat?

Luché contra mis infinitas ganas de acercarme para enfrentarla, pero mejor me fui de allí antes de que me descubriera.



CAPÍTULO 25

ELLA

Me quedé esperándolo por más de dos horas y nunca llegó. Le mandé varios mensajes, pero tampoco tuve suerte. Me costó un poco de trabajo tratar de entender qué pudo haber pasado. Le di vueltas a distintos escenarios que pudieran haber sucedido, desde que pudo haber tenido un accidente antes de llegar hasta que me pudo haber visto de lejos y le parecí más fea que un tlacuache y había huido despavorido.

Le escribí a Irene para contarle. Tan pronto recibió mi mensaje me contestó, avisándome que estaría ahí en diez minutos.

Cuando llegó, lo hizo con un té chai de Starbucks, mi favorito. Se sentó del otro lado de la mesita y me miró con ojos de perrito en tienda de mascotas.

—Güey, míralo por el lado amable, al menos ya no tienes que decirle nada de esto a Alex. Simplemente bloquea el número de este patán y ya está, te olvidas de él para siempre.

Estuve de acuerdo.

—Tuviste suerte. A lo mejor y el psicópata este venía a asesinarte a cuchilladas y, como vio gente alrededor, mejor lo dejó para después.

Reí, aunque no fue de alegría. No puedo negar que su ausencia me provocó tristeza. Y no porque sintiera algo por él, sino porque en realidad pensé que habíamos llegado a entablar una buena amistad.

—Tal vez en verdad le pasó algo y por eso no vino. Por eso tampoco contesta los mensajes —le dije.

—Pues por mí que lo haya atropellado un tren, me da igual.

No había manera de hacer que pensara diferente, así que decidí cambiar de tema. Luego de terminar nuestro té, dimos una vuelta por la plaza.

Cuando pasamos junto a la tienda de motocicletas, le pedí a Irene que me esperara un momento.

—¿Te quieres comprar una moto? —frunció el ceño.

Como vi que todavía teníán el volante donde anunciaban que buscaban personal, aproveché para preguntarle al encargado si ya habían ocupado el puesto.

—Hay algunos interesados, pero todavía no se toma la decisión. Si gusta, le puedo agendar una cita para que se entreviste con el gerente.

—No, muchas gracias —le dije—. No es para mí, es para mi novio que está interesado.

—Ah, pues dígale a su novio que se ponga las pilas, porque hay muchos candidatos. Apenas hace unas horas vino un chico a preguntar lo mismo.

—¿Hace unas horas?

—Dos, para ser exactos.

Por un segundo me entró la angustia de que Alex hubiera estado por allí a la misma hora que yo estaba esperando a Matt.

—Güey, ya vámonos. —Irene entró a la tienda.

—Gracias, joven —me despedí del encargado.

—De nada, señorita.

Ya en el Uber, Irene me platicó su idea de que entre los cuatro contratáramos una limusina para el baile.

—Ya sé que es de lo más naco que hay, pero por lo mismo siento que estaría divertido. ¿Cómo ves?

Asentí. La verdad es que no andaba de ánimo.

—Pues dile a Alex que le va a tocar aportar mil pesos.

—Yo le digo.

Esa misma tarde, ya en mi casa, le mandé un último mensaje a Matt.

> Hola, Matt. 🙂 Quiero pensar que no llegaste porque tuviste algún contratiempo. Ojalá y todo esté bien contigo. La verdad es que tenía planeado aprovechar nuestro encuentro para platicarte algo importante. Conocí a un chico que me trae más loca que una cabra. 😆 Se llama Alex. Es inteligente, tierno y muy guapo. Además de que tiene un sentido del humor de esos que te sacan una sonrisa sin importar qué tan

achicopalada te sientas. Como podrás imaginar, ya no puedo seguir con nuestras conversaciones. Eres un gran chico y estoy segura de que no tardarás en encontrar a alguien que te haga sentir como Alex me hace sentir a mí. Que tengas una bonita vida, Matt. Te la mereces.

21:24

CAPÍTULO 26

ÉL

Recibí varios mensajes de... ella. No me dieron ganas de ver nada, así que mejor apagué mi teléfono y lo guardé en el cajón de mi buró. Me salí de la casa para despejar la cabeza. Traía la sangre caliente y la mente revuelta con todo tipo de sentimientos. Coraje, aunque también tristeza, indignación, celos (pues pensé en la posibilidad de que todo esto fuera planeado por ella y el tal Ricky) y, el peor de todos, venganza. Es que, si era así, si todo había sido un juego, entonces las ganas de vengarme estaban a la orden del día.

Me di la vuelta por el único lugar del mundo entero que me hace escapar de la realidad: el Grayskull. A esas horas sólo las bandas de los principiantes se suben al escenario y la verdad es que no son muy buenas. Era eso o tal vez mi humor en realidad lograba que todo a mi alrededor fuera insoportable. Y lo peor de todo es que no tenía a nadie en quién confiar para contarle. Bueno, Daniel, claro, pero me refiero a nadie que supiera de esas cosas.

A falta de mi confidente más reciente, Fabiola, me fui a casa de Daniel. Cuando me vio entrar a su cuarto, me preguntó cómo quedaron los otros, obviamente se refería a que me veía tan mal que parecía haber recibido una golpiza.

Le conté lo que sucedió. Me costó hacerlo, pues no es fácil exhibirse a sí mismo como un tonto. Eso es lo que era, al menos eso pensaba en ese momento.

—No sé qué decirte —fue lo primero que se le ocurrió a Daniel. Lo veía tan confundido, tratando de encontrarle el sentido a todo—. Lo único en lo que no estoy de acuerdo contigo es que el tal Ricky tenga algo que ver. Porque, si de algo me he dado cuenta cada que voy a casa de Irene, es que ella y su hermano no se llevan muy bien que digamos. Tampoco se llevan

mal, claro, pero nunca como para que él y su mejor amiga hayan elaborado todo un plan maquiavélico para joderte a ti.

—Entonces, ¿por qué me engañó así?

—Estoy igual que tú, hermano. No tengo idea de qué puede pasar por la cabeza de alguien para hacer algo así.

Daniel se quedó pensativo por un momento y luego me preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—He estado pensando en seguirle el juego. Me refiero a ir al baile.

—Órale. ¿Y qué pasa si se aparece el Ricky?

—Le parto su madre.

Daniel se carcajeó.

—Eso no lo dudo, güey. Pero me refiero a qué pasa con ella. Si las cosas son como dices, y descubres que todo es un juego, ¿estás preparado para aceptar la realidad?

—Mejor saberlo que permanecer en la ignorancia.

—Buen punto. Pues entonces, si vamos a ir juntos, te toca poner mil pesos para la limo.

—¿La qué?

—No me mires así, fue idea de tu... Elizabeth.

Al día siguiente le llamé por teléfono para ponerme de acuerdo con todo lo del baile. Nada de mensajes, ni siquiera abrí la aplicación. No estaba de humor para leer nada acerca de su identidad alterna.

Elizabeth me explicó que la cosa era de esmoquin, así que tuve que ir a rentar uno, pues jamás en mi vida lo había necesitado. Ni siquiera en la boda de mi tía. Me gasté lo último que me quedaba de mis ahorros en el sastre y en pagar la mentada limusina; con esa sí me dolió el codo. Si no me quedaba con el trabajo en la tienda de motos, el verano iba a ser bastante complicado.



CAPÍTULO 27

ELLA

Cuando Alex llegó por mí, yo todavía no estaba lista. Mamá lo hizo pasar y papá lo recibió en la sala. Por supuesto, todo fue plan con maña, mamá como alcahueta de papá para que tuviera tiempo con él a solas. Lo supe porque mamá me lo confesó después. En ese momento no supe de qué hablaron papá y Alex, sólo me enteré de que se estrecharon la mano al final, segundos antes de que yo bajara.

Dicen que cualquier persona tiene la capacidad de mentir o engañar a otra con palabras. Pero con los ojos es otra cosa, los ojos siempre revelarán la verdad. Cuando me crucé con los de Alex al momento de recibirme en el último escalón hacia la sala, supe que mi presencia había causado impacto. Quizá él también, si se fijó, notó lo mismo en los míos. Se veía tan guapo, con una presencia elegante que le daba ese esmoquin, con su cabello perfectamente bien acomodado. Le sacaba media cabeza a papá, detalle que hacía que su presencia resaltara todavía más. Literalmente me quedé sin aliento por medio segundo.

Papá me dio un abrazo y se despidió de mí como si me fuera a vivir al extranjero por un año.

—Te quiero mucho, mi niña. Disfruta la noche. —Luego se dirigió a Alex—. Recuerda lo que acordamos.

Alex asintió.

Obviamente, lo primero que hice al cruzar la puerta rumbo a la salida fue preguntarle qué había sido eso.

—Nada, es algo entre tu papá y yo —me lo dijo serio.

No tuve tiempo de volver a insistir, Irene y Daniel ya estaban en la limusina esperando. Irene se asomaba por el quemacocos animando la

fiesta.

Cuando nos subimos al coche, Daniel nos ofreció un *shot* de tequila.

—La noche es joven —gritó.

—Yo no, gracias —dijo Alex y me lo pasó a mí. Yo no estaba segura de si quería o no hacerlo hasta que Irene se tomó uno frente a mí para ayudarme a decidir.

—Uno no es ninguno —dijo.

—Ahorita no —le dije—. Pero tal vez después sí me animo a tomarme uno solo.

Para cuando llegamos al gimnasio del colegio ya había gente bailando en la pista y el ambiente se notaba. Irene se llevó a Daniel de inmediato a la pista, Daniel la siguió sin chistar. Miré a Alex para tratar de adivinar si quería seguirlos, pero desvió la mirada.

—Si no te importa, prefiero sentarme un momento —me dijo.

—Claro.

Las mesas no estaban asignadas, sólo tenías que escoger un lugar y listo. Eso fue lo que hicimos.

Permanecimos allí por un buen rato. En silencio. Traté de iniciar la conversación dos o tres veces, pero Alex se las arregló para ser cortante. Algo andaba mal, era muy obvio.

—¿Pasa algo? —me incliné y levanté la voz para que me escuchara por encima de la música.

—¿De qué hablas? —leí sus labios.

—De ti —le dije—. Estás muy serio. ¿Pasa algo?

Por un momento pensé que me iba a responder, se lo vi en la cara. Alex negó con la cabeza.

—¿Quieres bailar? —le pregunté, de nuevo hablándole al oído y levantando la voz.

—Ve tú, no me siento con muchas ganas.

Sentí que se me arrugó la frente.

—Sabes que me puedes decir lo que sea.

—Sí.

Lo sentí tan cortante que mejor me fui a la pista para que no se me pegara el mal humor.

—Si te animas, te espero.

Se quedó en la mesa, solo. Llegué a la pista y me puse a bailar a un lado de Irene. Cuando me vio sola, me preguntó por Alex y lo señalé en la mesa a unos metros.

—¿Qué le pasa?

—No tengo idea.

Irene se encogió de hombros y continuó mostrando sus mejores pasos.

CAPÍTULO 28

ÉL



Estaba consciente de que mi mal humor no ayudaba, pero me era imposible ocultarlo. Necesitaba confrontarla para que me dijera la verdad, que aceptara que estaba jugando conmigo. Desde la mesa me puse a observarla, tratando de leer sus gestos para comprobar que mis sospechas eran ciertas. Pero se veía tan inocente y hermosa que por un momento me hizo dudar de si todo lo que había sucedido era simplemente una enorme coincidencia.

Entonces me levanté de la mesa y me lancé en su dirección. Entré a la pista y me abrí camino hasta ella. La tomé de la mano y le dije:

—Tengo que hablar contigo.

Ella me miró fijamente a los ojos y yo me sentí desarmado. Tan pronto aceptó, la guie fuera de la pista.

Llegamos hasta la mesa donde traté de comenzar a desahogarme, pero los decibeles del ambiente lo volvieron imposible.

—¿Por qué no vamos afuera? —me dijo.

Me pareció una buena idea. Así lo hicimos.

Llegamos al estacionamiento.

—¿Ya me vas a decir qué te pasa? —insistió.

La miré por unos segundos

—Lo sé todo —le dije.

Me miró como si le estuviera hablando en francés.

—Puedes dejar de fingir, Elizabeth. Lo sé todo.

—¿De qué estás hablando?

Saqué mi teléfono para mostrarle nuestras conversaciones.

—¿Qué es eso?

Entonces le mostré el chat que tenía registrado con el nombre de Fabiola.

Su sorpresa fue tal que me arrebató el teléfono y se puso a leer los mensajes.

—¿Tú por qué tienes esto? —me preguntó. La noté tan sorprendida que por un segundo estuve seguro de que no estaba actuando—. ¿De dónde lo sacaste?

—¿Eres tú la que escribe como Fabiola?

Elizabeth se quedó como esquimal de paletería.

—¿De dónde lo sacaste? —insistió, después de que recuperó el habla.

—Contesta mi pregunta. ¿Eres Fabiola?

—Sí. —Bajó la mirada.

—¿Todo era un juego? —le dije.

Levantó el rostro y me clavó la mirada.

—¿Qué juego?

Una voz nos interrumpió.

—Lo mejor de todo es que no tuve que entrar a sacarte.

Volteé y me encontré con Ricky. No estaba solo, conté a siete fulanos a su lado.

—Ya entendí por qué querías que habláramos aquí afuera.

—¿Qué? —Elizabeth me miró sorprendida—. No sé de qué me estás hablando.

—Puedes dejar de mentir, ya lograste lo que querías —insistí.

—¿Los agarré en plena discusión? —preguntó Ricky.

—¿Tú qué estás haciendo aquí? —Elizabeth le dijo a Ricky, fastidiada.

—Vengo a cobrarme la que me hizo este cabrón.

Ricky se acercó, con su séquito detrás.

Elizabeth se interpuso.

—¡Por favor, Ricky! ¡Vete de aquí!

—Yo no me voy a ningún lado. No hasta que me la pague. Y con intereses. Lo que hiciste no fue cualquier cosa, cabrón.

—Pues si le quieres hacer algo a él, vas a tener que pasar por encima de mí primero.

Lo dijo tan convencida que puso en duda toda mi teoría de conspiración.

—No te hagas la mártir, Elizabeth. Esta es tu oportunidad de dejar a este naco de una vez. Entiendo que quieres pasar el rato y tirar desmadre. Presumirles a tus amigas que andas de rebelde y todo eso, pero ya te pasaste.

—Eres un pobre idiota, ¿sabías? —le dijo.

—Mira quién habla.

—Ya estuvo bueno, cabrón —le dije—. ¿Quieres darte conmigo? Va, aquí estoy.

—Alex, no. Déjalo, vamos adentro —Elizabeth me jaló de la mano.

Yo la detuve.

—Dime algo, ¿sabías que él iba a estar aquí?

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Por qué piensas eso? ¡Claro que no!

Los ojos nunca mienten.



CAPÍTULO 29

ELLA

Me apretó la mano y me sonrió.

—Por favor, Alex —le pedí—. Vamos adentro.

—No te preocupes —me dijo y se dio la media vuelta para enfrentar a Ricky y a sus amigos—. La cosa es uno contra uno, ¿no?

Alex lo enfrentó. Ricky lo miró y sonrió, pero no contestó.

—¿Qué pasa, Ricky? Te veo con dudas. —Alex dio un paso al frente—. Tú y yo solos, ¿no?

Ricky dio un paso atrás y sus amigos, como si estuvieran de acuerdo, uno al frente.

—Qué cobarde me saliste —dijo Alex.

Entonces se escuchó un grito que venía de la puerta del gimnasio.

—Hey, no piensan empezar la fiesta sin mí, ¿verdad?

Daniel caminaba hacia nosotros mientras se quitaba el saco.

Ricky soltó una carcajada.

—Dos pájaros de un tiro. Qué a toda madre.

Irene salió detrás de él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ricardo? Vete si no quieres que les hable a mis papás —lo amenazó mientras sacaba su teléfono.

—Sabes que mis papás están fuera —dijo Ricky, confiado—. ¿Qué van a hacer?

Daniel se puso a un lado de Alex.

—Ricardo, déjate de estupideces y lárgate de aquí. Te lo digo en serio —Irene insistió. Estaba furiosa.

—Tú no me dices qué hacer. No me importa que seas mi hermana, de aquí no me voy hasta cobrársela a estos dos idiotas.

Alex se quitó el saco y se arremangó.

—Ocho contra dos —dijo—. Te diría que nos ha tocado peor, pero creo que no.

Daniel miró su reloj.

—Si de verdad te la quieres cobrar, te vamos a dar la oportunidad de hacerlo. ¿Te quieres madrear con Alex?, creo que Alex está más que dispuesto. Pero si intentas meter a tus amiguitos, entonces sí la cosa se va a poner seria.

Alex miró a Daniel y pronto se entendieron.

Ricky se volvió a carcajear, esta vez su risa fue demasiado forzada.

—No estás en posición de poner reglas, pendejo. Aquí se chingan sí o sí, no hay nada que puedan hacer para evitarlo.

Ricky dio un paso al frente. Sus amigos hicieron lo mismo. Irene y yo reaccionamos al mismo tiempo y cada una se puso frente a su chico. Alex me hizo a un lado, delicadamente. Daniel hizo lo mismo con Irene.

Entonces, justo cuando estaba por ocurrir lo que parecía inevitable, se escuchó el rechinido de llanta de una camioneta que entró al estacionamiento.

—Pensé que no llegaba —dijo Daniel, mirando su reloj.

La pick-up recorrió el estacionamiento a toda velocidad hasta que se frenó a unos metros de nosotros. De un salto bajaron cinco gorilas desde la caja trasera. Del asiento del copiloto bajó otro, este todavía más grande. Lo reconocí de inmediato.

—¿Qué pasa, morros? —dijo Thor.

Ricky y sus amigos de inmediato se paralizaron.

Alex miró a Daniel, extrañado. Daniel sólo sonrió. Thor se acercó a ellos y los saludó con un abrazo a cada uno.

No exagero, la gente que venía con Thor parecía recién salida de prisión, de una de máxima seguridad. Tenían pinta de ser mercenarios. De inmediato rodearon a Ricky y sus amigos, cerrándoles el paso para que no pudieran escapar.

La escena era tan impresionante que llamó la atención de todos dentro del gimnasio y, para cuando nos dimos cuenta, ya estaba media generación afuera.

No podía creer lo que veían mis ojos.

—Hola, princesa —Thor me sonrió. Me tomó de la mano y la besó.

—Hola, Thor —le sonreí. Me di cuenta de que Ricky se quedó helado, con los ojos del tamaño de dos manzanas.

—No se preocupen, señoritas —Thor les dijo a Ricky y a sus amigos—. No venimos a matar a nadie, si eso es lo que están pensando. Sólo venimos a asegurarnos de que la bronca sea pareja. ¿Quién es el bueno, mi Alex?

Alex caminó hacia Ricky.

—¿Qué onda, bailamos? —Cerró los puños.

Ricky estaba más pálido que una hoja.

—Si me tocan, les voy a hablar a mis papás —sacó su teléfono.

Irene se acercó.

—Sabes que mis papás están fuera. ¿Qué van a hacer?

Ricky la miró, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa, viejo? —Thor no se aguantaba la risa—. ¿Se te apareció el chamuco?

—No quiero problemas. Estoy dispuesto a olvidar lo que pasó y que aquí muera la cosa —Ricky tartamudeó.

—En eso tienes razón, güero, aquí se muere alguien. —Thor se acercó a él y se le puso en las narices.

No sé si los demás se dieron cuenta, pero, en ese momento, Ricky se orinó en los pantalones.

—Déjalo, mi Thor. No vale la pena.

—Tienen veinte segundos para largarse de aquí —Thor levantó la voz.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Ricky y sus amigos ya habían desaparecido.

CAPÍTULO 30

ÉL

—¿Cómo supiste que...? —le pregunté a Daniel.

Me dijo que Irene había escuchado, esa misma tarde, los planes de su hermano.

—Me lo contó cuando llegamos a casa de Elizabeth, cuando entraste a su casa por ella. No encontré el momento de decírtelo, pero sí de tomar precauciones.

—Gracias, Irene. Sé que no debió ser fácil —le dije.

—Más fácil de lo que te imaginas —me sonrió—. Ricky puede llegar a ser... complicado.

—¿Crees que con ocho contra dos la hubiéramos armado? —me preguntó Daniel.

—No tengo duda de que nos hubieran puesto una buena madriza —le dije.

—Yo pienso lo mismo —rio.

Thor y su gente se despidieron.

—Lo que sea, cuando sea y donde sea, mi Alex —me dijo antes de subirse a la pick-up.

—Igualmente, hermano.

Al ver que se acabó el espectáculo, los mirones se regresaron al gimnasio.

—¿Te veo adentro? —Daniel se llevó a Irene de la mano.

—Claro.

Entonces, Elizabeth y yo nos quedamos solos en el estacionamiento. Me miró a los ojos detenidamente, como si me estuviera leyendo las pupilas. Por

un momento no supe qué pensar, si estaba enfadada o no, o qué cruzaba por su mente. Entonces me preguntó:

—¿Matt?

Asentí. No encontré el valor para sostenerle la mirada.

Elizabeth sonrió.

—¿Por qué..., de qué te ríes? —le dije.

—¿Sabes cuáles son las probabilidades de que esto le suceda a alguien?

—No tengo ni idea —contesté.

—Creo que las mismas que hay de poder encontrarte con tu alma gemela. Casi nulas.

—Tú estabas allí, en la plaza Arboleda. Fuiste para verte con...

—Tú estabas allí también. Si no, ¿cómo lo sabes? —preguntó.

—Yo fui para decirte..., para decirle a ella que ya no podíamos seguir con nuestras conversaciones.

—¿Por qué?

—Porque..., porque me había enamorado de alguien más.

—Yo fui a lo mismo. —Me clavó los ojos—. Ese mismo día te... le envié un mensaje a él. Por lo que veo, no lo has leído.

Saqué mi teléfono y encontré el mensaje. Elizabeth no había mentido.

—¿Por qué me dijiste que te llamabas Fabiola?

—Por la misma razón que tú me dijiste que te llamabas Matt. —Sonrió.

—Okey, buen punto. ¿Por qué te sigue causando gracia todo esto?

—No es que me cause gracia, es que me hace feliz.

—¿Por qué?

—Porque las únicas dos personas en la vida que me han quitado el sueño resulta que son la misma persona. ¿Qué tanta suerte hay que tener para que eso suceda? También porque ahora conozco un lado de ti que no sabía que conocía, y ese lado me gusta. Y mucho. Y porque todo esto sólo confirma que me enamoré de la persona correcta.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que todo lo que ella acababa de decir describía exactamente cómo me sentía. Entonces a mí también se me escapó una sonrisa.

—¿Regresamos adentro? —La tomé de la mano.

—Antes hay algo que necesito hacer y que lo he querido desde hace unas semanas.

Apenas le iba a preguntar a qué se refería cuando se inclinó hacia mí y me plantó el más dulce de los besos.

—Qué casualidad —le dije—. Yo necesitaba hacer lo mismo, cabeza de huevo.

Y ambos nos reímos al recordar cómo empezó todo…, con un mensaje equivocado.

Acerca del autor

WENDY MORA REYES nació en Jalisco (1994), es técnica en programación web y actualmente pasa el tiempo detrás de su computadora haciendo cosas increíbles. Siempre ha sido una entusiasta de la lectura y fue a través de los libros que encontró su pasión.

Wendy decidió que quería ser parte de aquellos que contaban historias y dejaban volar su imaginación para crear mundos asombrosos. En Wattpad encontró un lugar para expresar todas aquellas ideas que vivían en su cabeza y que quería compartir con otras personas.

Anónima es su primera novela.

Wendy Mora Reyes
Wendymr948

Diseño de portada: Grupo Pictograma ilustradores
Fotografía de la autora: © Antonio Mora Reyes
Ilustraciones de interiores: Emojis: Carboxylase – Shutterstock
Diseño de interiores: Beatriz Díaz Corona J.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5095-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5164-6

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV